EL LIBRO DE LOS JUEGOS FLORALES DEL SALTO

12 DE OCTUBRE DE 1919

G. V. MARIÑO, Impresor.
MONTEVIDEO

EL LIBRO
DE LOS
JUEGOS FLORALES
DEL
SALTO

EL LIBRO

DE LOS

JUEGOS FLORALES

DEL

SALTO

12 DE OCTUBRE DE 1919

MONTEVIDEO

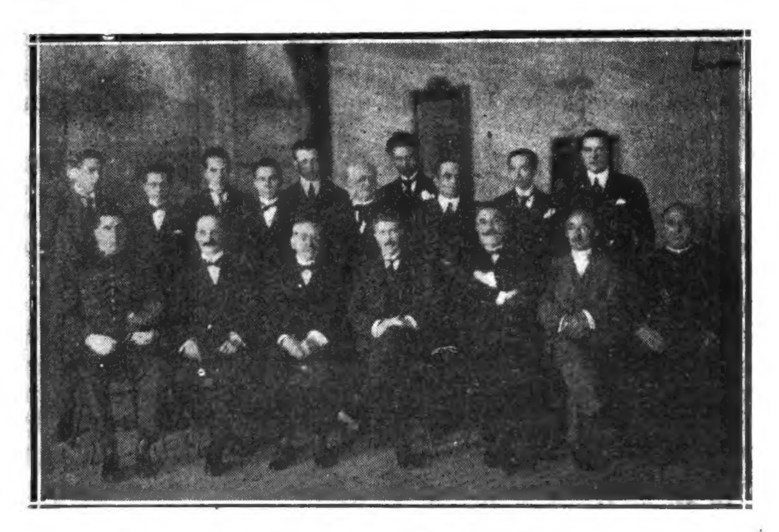
Imprenta "El Siglo Ilustrado", de Gregorio V. Mariño

938 — CALLE SAN JOSÉ — 938

1921

EXORDIO

Nació la idea de realizar en el Salto unos juegos florales, en conmemoración del Día de la Raza, del seno de la sociedad recreativa "Prado Español", y fueron sus proponentes don Gerardo Comas Cortina, de la batalladora Cataluña, y don Domingo de Gorriarán, bilbaíno de buena cepa.



Comisión de los Juegos Florales

Lanzada y puesta a la consideración de intelectuales, de representativos y de estudiosos, la mencionada idea, muy pronto encontró ella en el auspicioso ambiente salteño la acogida necesaria. Y fué así que, en asamblea magna, quedó

ella consagrada, sellándose el compromiso de su verificación bajo el apoyo y el concurso unánime de cuantos asistieran a la citada asamblea, en la cual hicieron acto de presencia ciudadanos del más selecto linaje científico, literario y social.

Constituída la Comisión organizadora de los juegos bajo la presidencia de don Enrique Comas Nin, empezáronse de inmediato los trabajos preparatorios. No faltaron algunos inconvenientes y contrariedades; pero todos ellos fueron salvados por una parte, la más entusiasta, de la Comisión, y especialmente por los dueños de la iniciativa y por la Comisión de Propaganda compuesta por los señores Eliseo Verdier y Fernando Subirana Pujol, quienes se encargaron de difundir la realización del certamen, invitando a escritores y poetas para que concurrieran con sus producciones, gestionando de autoridades e instituciones la donación de premios que sirvieran de estímulo para los concursantes.

Cerrado el plazo para el envío de composiciones, fueron ellas entregadas al jurado compuesto por los señores doctor Juan Giribaldi Heguy, profesor José Pereira Rodríguez, presbítero Eliseo Verdier, doctor César G. Gutiérrez, profesor Américo G. Vila, periodistas José Martín Ferreiro y Enrique de Mouliá. La cantidad numerosa de trabajos presentados, en su mayoría extensos, exigió del jurado una labor larga y complicada, que supo realizarla con encomiable decisión y la cual fué coronada con el éxito que alcanzaron sus fallos, aplaudidos unánimemente, y de los cuales son testimonio fehaciente las composiciones que contiene este álbum.

El 12 de Octubre Día de la Raza, se verificaron los juegos florales, y de esa fiesta sin precedentes perdura el recuerdo más grato y honroso. Fueron instantes de belleza y de poesía que exaltaron el espíritu salteño, trasportándolo a estados de idealidad y de ensueño, situación anímica de la que participó todo el país uruguayo, pues los ecos de la fiesta se propagaron difusamente en extensos y entusiastas mensajes. Corresponde dejar constancia de la acer-

tada e inteligente actuación del señor Manuel Prieto, a cuyo cargo estuvo la dirección artística de la fiesta.

Fué propósito preconcebido de la Comisión Organizadora el de imprimir en un álbum los recuerdos de esta jornada de arte y de cultura y con ese fin se cobraron las localidades, la noche de la fiesta. Pero como fuera necesario hacer frente a otros gastos—los preparativos de la función entre ellos—los fondos restantes no permitieron que este álbum apareciera en la forma lujosa que se desease; pero llena su principal cometido, a pesar de la sencillez de su presentación, traduciendo fielmente todo lo que tuvo de bello y de brillante el certamen.

La Comisión encargada de confeccionarlo espera merecer ese juicio de cuantos han contribuído en la realización de los juegos, y deja expresada su advertencia de que faltan algunos de los trabajos premiados, por causas enteramente ajenas a su voluntad.

Salto, mayo de 1921.

Bases y Programa para los Juegos Florales que se realizarán en la ciudad del Salto (R. del U.) bajo los auspicios de la Sociedad "Prado Español" el 12 de Octubre de 1919, conmemorando el Día de la Raza.

BASES

1.—El certamen es nacional y para salteños residentes en el extranjero.

2.—Las composiciones serán inéditas y escritas en castellano.

3.—A todo tema corresponde un primer premio y segundo premio, a excepción del primero y sexto que tienen tres.

4.—Las composiciones serán escritas a máquina y remitidas en la forma siguiente:

La tarjeta que contenga el nombre y dirección del autor irá dentro de un sobre cerrado y lacrado en el que se consignará el pseudónimo con que aquélla estuviere escrito.

Este sobre irá dentro de otro que contenga los trabajos remitidos, todo lo cual será rotulado con la siguiente dirección: "Señor Enrique Comas Nin, Presidente del Comité de los Juegos Florales, Salto (U.)".

5.—La aceptación de composiciones terminará el día treinta de septiembre, a las 22 horas.

6.—El Jurado expedirá su veredicto y publicará la nómina de los títulos y de los pseudónimos de las composiciones premiadas cinco días antes de realizarse el certamen.

7.—El Jurado será formado por las siguientes personas: señores Américo G. Vila, Director del Liceo Departamental del Salto; doctor Juan Giribaldi Heguy; doc-

tor Leonides P. Pigurina, Presidente del Ateneo del Salto; doctor Wenceslao Silva, Director del diario "La Tarde"; doctor Abalcázar García, profesor de Filosofía en el Liceo Departamental; doctor Mariano Pereira Núñez, Juez Letrado Departamental; doctor César G. Gutiérrez; doctor Agustín Antía Errandonea; presbítero Eliseo Verdier; José María Ferreiro, Director de "Diario Nuevo"; Enrique de Mouliá, Redactor-jefe del diario "Ecos del Progreso".

8.—Las composiciones no premiadas quedarán a la disposición de sus respectivos autores por el término de quince días, a contar de la fecha en que la fiesta tenga lugar, pasados los cuales serán quemadas en presencia de la Comisión.

9.—El autor de la composición que obtuviera el premio de honor elegirá la Reina de la Fiesta o indicará quién deba reemplazarlo, haciéndolo, en su defecto, el Presidente del Jurado.

10.—Los premios serán exhibidos en oportunidad en una de las casas de comercio más centrales.

11.—Los autores premiados tendrán derecho a la lectura de sus composiciones o en su defecto nombrarán con cinco días de anticipación quiénes deban reemplazarlos.

PROGRAMA

1.—Poesía, tema libre: Primer premio, Flor natural, a la mejor composición poética.
Poesía, tema libre: Segundo premio, Eglantina.
Poesía, tema libre: Tercer premio, Viola.

2.—Poesía, "Canto al Uruguay", primero y segundo premios.

3.—Poesía, "Canto a la fraternidad hispano-americana", primero y segundo premios.

4.—Poesía, "Canto a la mujer uruguaya", primero y segundo premios.

5.—Soneto a Rodó, primero y segundo premios.

6.—Prosa, tema libre, primero, segundo y tercer premios.

7.—Poesía, tema libre, primero y segundo premios, exclusivamente para salteños (presentes o ausentes) y para toda persona radicada en el Departamento del Salto.

8.—Prosa, tema libre, primero y segundo premios, en las mismas condiciones que el precedente.

COMISIÓN ORGANIZADORA

Presidentes honorarios: Salvador García, Vicecónsul de España; doctor Leonides P. Pigurina, Presidente del Ateneo; Américo G. Vila, Director del Liceo Departamental.

Presidente titular: Enrique Comas Nin.

Secretarios: Gerardo Comas Cortina, Domingo de Gorriarán y Enrique N. Orecchio.

Vocales: Pedro E. Ansó, Presidente del Club "Juventud Salteña"; José Martín Ferreiro, Director de "Diario Nuevo"; doctor Juan Giribaldi Heguy; Ildemaro Hernández, Redactor-Jefe de "Tribuna Salteña"; Enrique Mouliá, Redactor-Jefe de "Ecos del Progreso"; Juan Paiva, Director de "El Combate"; Enrique V. Pera, Presidente de la Asociación Estudiantil "Osimani y Llerena"; José Pereira Rodríguez, profesor liceal de Literatura; Manuel Prieto, Director de la Academia de Bellas Artes; coronel Pedro Quintana; Juan M. Ricci, Inspector Departamental de Instrucción Primaria; Juan B. Silva, Redactor-Jefe de "La Tarde"; Pedro Schiappacasse, Director de "¡Adelante!"; Fernando Subirana Pujol, Director del Liceo "José Pedro Varela"; Miguel de Dios Serna; Rafael Talarico, Director del Liceo "Víctor Mercante"; Luis A. Thèvenet y presbítero Eliseo Verdier.

COMISIÓN DE PROPAGANDA

Presidente: Eliseo Verdier.
Secretario: Fernando Subirana Pujol.
Vocales: Luis A. Thèvenet, Pedro E. Ansó, Enrique V. Pera, doctor Wenceslao Silva; doctor Juan Carlos Aramburú, doctor Agustín Antía Errandonea y doctor Abalcázar García.

EL VEREDICTO DEL JURADO

Salto, 10 de octubre de 1919.

Señor Presidente de la Comisión Juegos Florales, don Enrique Comas Nin.

Presente:

El Jurado calificador, reunido en sesión permanente bajo la presidencia del doctor Juan Giribaldi Heguy, estudió los trabajos recibidos de la presidencia de la Comisión Pro Juegos Florales y, después de un amplio y minucioso examen, dió su veredicto de la manera y forma que a continuación se expresan:

Poesías, tema libre.—Designado el señor Pereira Rodríguez como leyente, procedió éste a la lectura de las composiciones que corresponden a los pseudónimos siguientes: Caronte, Por mi dama, Gaucho, Fidelón, Sic, Iván, Villa Blanca, Juan Rodríguez, Ney, El caballero del cisne, Jeserat, Olarzábal, Amar es sufrir, Luro, Maes, Corazón, Enrique Comas Nin, De verde olivo corpulento gajo, Romualdo, Ego, Semejante ondina bella, etc., Fausto, Coronado de Rosas, Ibycos, Silvio Homérico, Armonía, Pedro el de la Barca, Cantor, Geofroz, .Filial, Werther, Vidente, Bardo, Crepuscular, Fugaz, Adolescente, Charmú, Caribe, Boncoeur. Alzaga, Olarzábal, Sol de Agosto, Kostia, Charrúa y La patria grandeza inspira.

Acto continuo se procedió a la selección de dichos trabajos, quedando escogidos, para el estudio correspondiente, las de Ego, Olarzábal, Jeserat, Ney, Semejante ondina etc., Sic, Gaucho, Por mi dama, Juan Rodríguez, Coronado de rosas, Silvio Homérico e Ibycos. Terminado el estudio, se

procedió a la eliminación, quedando los de Jeserat, Coronado de rosas, Juan Rodríguez y Olarzábal, los que fueron objeto de un nuevo estudio, a cuyo fin el Presidente puso a votación para la adjudicación de los premios respectivos, resultando ella del modo siguiente:

Primer premio, violeta de oro, donada por el señor Enrique Comas Nin, flor natural, y busto de Amado Nervo, donado por el Presidente de la República, a la composición titulada **España**, cuyo autor resultó ser el señor Faustino M. Teysera.

Segundo premio, eglantina, adquirida por la Comisión, a la poesía titulada **Las Casas**, de la que resultó autor Juan Mario Magallanes (Juan Rodríguez).

Tercer premio, viola, adquirida por la Comisión, a la composición sin título del señor Luis Scarzolo Travieso (Ego).

2. Poesía, **Canto al Uruguay**.

Pasó luego el Jurado a considerar las composiciones correspondientes al segundo número del programa, procediendo a la lectura de los trabajos cuyos pseudónimos son: Kostia, Alzaga, Olarzábal Sol de Agosto y La patria grandeza inspira. Previa deliberación se procedió a estudiar las composiciones de Alzaga. Olarzábal y Sol de Agosto, adjudicándose luego los premios en la forma siguiente:

Primer premio, jarrones de Sévres donado por el Consejo Nacional de Administración, a la composición del señor Juan A. Fagetti (Alzaga). Segundo premio, un cuadro de Academia de Bellas Artes, a la composición del señor Víctor Fitz Patrick (Sol de Agosto).

3. Poesía. **Canto a la fraternidad hispano-americana.**

El Jurado consideró tres composiciones suscriptas por los pseudónimos siguientes: Coronado de rosas, Ibycos y Silvio Homérico. Las tres merecieron un estudio minucioso, al cabo del cual la presidencia puso a votación, lo que dió el resultado siguiente:

Primer premio, reloj de oro, donado por los salteños residentes en Concordia, a la composición del señor Edgardo Ubaldo Genta (Coronado de rosas). Segundo premio, lapicera de oro, donada por la Asociación Española de Socorros

Mutuos a la composición del señor Carlos de Naké (Ibycos). Pero comprobado que el señor Naké es argentino, se procedió a adjudicar el segundo premio al señor Manuel Núñez Regueiro (Silvio Homérico).

4. Poesía, **Canto a la mujer uruguaya.** El Jurado consideró una sola composición dedicada a este tema, firmada por el señor Antonio Vicente y Ferrés, resolviendo adjudicarle el primer premio, que consiste en una estatua donada por el Centro Comercial del Salto.

5. **Soneto a Rodó.** Leyéronse los trabajos firmados por los pseudónimos siguientes: Proteo, Próspero, Heleta, Alzaga, Savonarola, Tasso, Plañidero, Proteo, Desde el mirador de Próspero, La muerte, etc., Idomeneo, Flébil, El que me contradice me complementa, Próspero Heleta.

Previa deliberación, se procedió a seleccionar, quedando escogidos los siguientes: El que me contradice me complementa e Idomeneo, adjudicándose los premios de la manera siguiente:

Primer premio, un cuadro de la Sociedad "Prado Español", a la composición del señor Américo A. Mariani (El que me contradice me complementa). Segundo premio, a la composición del señor José Pedro Bastitta (Idomeneo), diez libras esterlinas donadas por el Cónsul argentino, señor Alfredo Ambrosoni.

6. **Prosa, tema libre.** El Jurado procedió a la lectura de los trabajos presentados por Ayax Telamonio, Emilio Zardinelli, XXX, Flaubert y Gautier, Itú, resolviendo considerar solamente la producción de Itú, "Los poetas salteños", a la cual adjudicó el primer premio que consiste en cien pesos donados por la Asociación Agro-Pecuaria e Hípica.

El señor Pereira Rodríguez se excusó de intervenir en la deliberación relativa a este trabajo, en virtud de estar comprendido entre los autores estudiados allí.

Abierto el sobre respectivo resultó ser el autor el señor Telmo Manacorda.

7. **Poesía, tema libre**, exclusivamente para salteños (pre-

sentes o ausentes) y para toda persona radicada en el Departamento del Salto.

Leyéronse las composiciones de Gaucho, Armonía, Pedro el de la Barca, Sic, Cantor, Geofroz, Filial, Caronte, Romualdo, Werther, Vidente, Bardo, Crepuscular, Fugaz, Adolescente, Charrúa, Caribe, Boncoeur, escogiéndose las de Pedro el de la barca, Sic, Armonía, Werther y Gaucho, las cuales fueron estudiadas detenidamente. Hecha la votación dió ésta el resultado siguiente:

Primer premio: Cien pesos donados por la Junta E. Administrativa a la composición del señor Montiel Ballesteros (Gaucho). Segundo premio, a la composición del señor Orestes P. Lanza (Werther), consistente en un cuadro donado por el Senado nacional.

Además, considerando el mérito de las otras composiciones, y a título de estímulo, se resolvió acordar una mención especial a las mismas, debiendo sus autores dar su consentimiento para la apertura de los sobres respectivos.

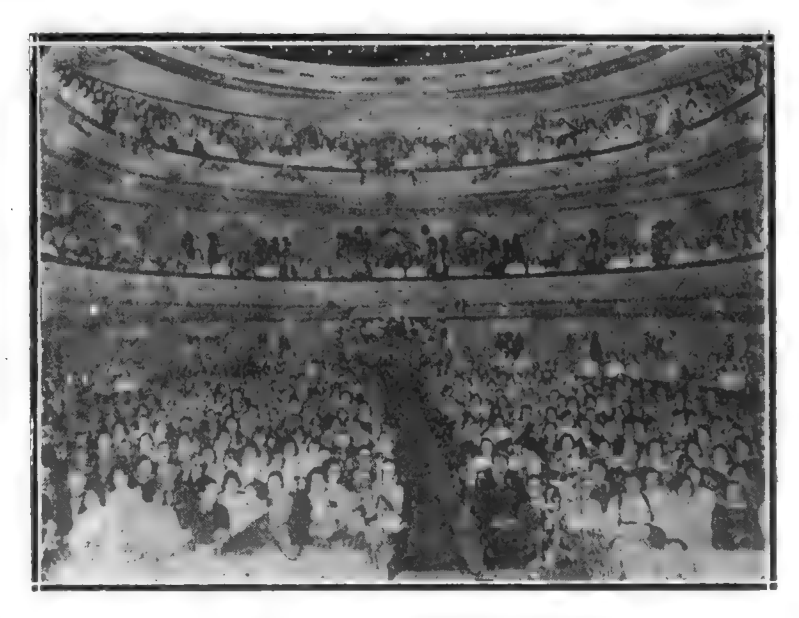
8. **Prosa, tema libre,** en las mismas condiciones que el precedente. Leyéronse las producciones de Pitágoras, Warren, Hartings, Amanda, Solo por el amor la vida es digna de vivirse, Flanqueador, Constans, Pedagogo, E. Kis, Caronte, Líace, Violeta pálida, Askena, Motor, Soñador y María Lucía V., procediéndose a la selección de los trabajos de Soñador y María Lucía V., los cuales pasaron a estudio, terminado el cual se procedió a acordar el segundo a la composición de María Lucía V., declarándose desierto el primer premio.

Abierto el sobre correspondiente al pseudónimo de la composición favorecida, comprobóse que su autora, la señorita María Lucía Vidiella, es argentina, por lo cual se resolvió no adjudicar el premio acordado, declarándolo desierto.

Dió así por terminada su labor este Jurado, siéndole grato hacer constar que todos los fallos fueron acordados por unanimidad.

Saluda al señor Presidente con la consideración más distinguida.

Juan Giribaldi Heguy, Presidente — **Enrique de Moultá**, Secretario — **Américo G. Vila** — **José Pereira Rodríguez** — **César G. Gutiérrez** — **José M. Ferreiro** — **Eliseo Verdier**, Pbro.



El «Teatro Larrañaga» la noche de la fiesta



Busto de Amado Nervo.—Escultura de la señorita Lila Pujadas.—Donada por S. E. el señor Presidente de la República doctor Baltasar Brum

DÍA DE LA RAZA
(1919)

JUEGOS FLORALES

"Teatro Larrañaga".—Salto

Corte de Amor

Reina

Señorita María Luisa Amaro Amorim.

Damas

Señoritas: Alida Noboa, Nelly Errandonea, Erlinda Texeira Núñez, Emma Claverie Patulé, Julia Errandonea, María Elisa Ancel, Irma Silveira Riet y María Elena Popelka.

ORDEN DEL FESTIVAL

1 Himno Nacional Uruguayo y Marcha Real Española por la orquesta dirigida por el profesor Marciano Diez Plaza.
2 Discurso de apertura por el señor Luis A. Thévenet.
3 Lectura del veredicto del Jurado por el Secretario señor Gerardo Comas Cortina.
4 Proclamación y entrada de la Reina de la Fiesta, acompañada del poeta triunfador y seguida de la Corte. Gran marcha de coronación y entrega de la Flor Natural.
5 Discurso por el Mantenedor, doctor Juan Giribaldi Heguy.

6 Intermedio musical "La Dolores", fantasía por la orquesta.
7 Lectura de la composición laureada, "España", por su autor Faustino M. Teysera.
8 Entrega de la Eglantina y lectura de la composición premiada, "Las Casas", de Juan Mario Magallanes.
9 Entrega de la Violeta de plata y lectura de la poesía premiada, del señor Luis Scarzolo Travieso.
10 "Canto al Uruguay", lectura de la composición del señor Juan M. Fagetti, que obtuvo el primer premio.
11 "Canto a la Fraternidad Hispano-Americana", lectura de la composición del señor Edgardo Ubaldo Genta (primer premio).
12 "Fantasía Uruguaya", por la orquesta.
13 "Canto a la mujer uruguaya", lectura por el señor Antonio Vicente y Ferrés (primer premio).
14 Lectura de los sonetos a Rodó: primer premio, de Américo A. Mariani, y segundo, de José P. Bastitta.
15 Poesías de autores salteños.—Primer premio: "Canto al Salto", de Adolfo Montiel Ballesteros.—Segundo premio: "El Connubio de la Raza", de Orestes Lanza.
16 Selección Musical.
17 Fragmento de "Los poetas salteños", por Telmo Manacorda, Primer Premio del concurso nacional de prosa, tema libre.
18 Discurso de clausura, por el señor Enrique Comas Nin, Presidente de la Comisión Organizadora.

Octubre 12, a las 9 p. m.

Presidentes honorarios.—Salvador García, Vicecónsul de España; doctor Leonides P. Pigurina, Presidente del Ateneo; Américo G. Vila, Director del Liceo Departamental.

Mantenedor.—Doctor Juan Giribaldi Heguy.

Comisión Organizadora.—Presidente: Enrique Comas Nin. Secretarios: Gerardo Comas Cortina, Domingo de Gorriarán y Enrique N. Orecchio.

Vocales: Pedro E. Ansó, José Martín Ferreiro, Juan Giribaldi Heguy, Ildemaro Hernández, Modesto Llantada, En-

rique Mouliá, Juan Paiva, Enrique V. Pera, José Pereira Rodríguez, Manuel Prieto, Pedro Quintana, Juan M. Ricci, Wenceslao Silva, Juan B. Silva, Pedro Schiappacasse, Fernando Subirana Pujol, Miguel de Dios Serna, Rafael Talarico, Luis A. Thévenet, Eliseo Verdier.

Jurado.—Juan Giribaldi Heguy, César G. Gutiérrez, Enrique Mouliá, José M. Ferreiro, Eliseo Verdier, Américo G. Vila, José Pereira Rodríguez, Abalcazar García, Leonides P. Pigurina, Mariano Pereira Núñez, Wenceslao Silva y Agustín Antía Errandonea.

Comisión de Propaganda.—Presidente: Eliseo Verdier.

Secretario: Fernando Subirana Pujol.

Vocales: Luis A. Thévenet, Pedro E. Ansó, Enrique V Pera, Wenceslao Silva, Juan Carlos Aramburú, Agustín Antía Errandonea y Abalcazar García.

Telegrama del Excmo. Señor Presidente de la República

Montevideo, 12 de octubre de 1919.

"A Enrique Comas Nin, Presidente Comisión Juegos Florales.—Salto.

Ruego exprese a sus compañeros mis más efusivas felicitaciones por el éxito de los Juegos Florales organizados con motivo de la Fiesta de la Raza, que honran a esa ciudad, exteriorizando el interés de sus habitantes por las altas manifestaciones del espíritu. Salúdalo muy afectuosamente su amigo:—Baltasar Brum."

Telegrama del Rey de España

Palacio Real de Madrid.—Octubre 12 de 1919. a las 7 y 55. —Vía Western Cº.

"A Enrique Comas Nin, Presidente Juegos Florales.—Salto.—En esta fecha gloriosa saludo a los organizadores

de los Juegos Florales, haciendo fervientes votos prosperidad de naciones hermanas, Uruguay y España, y por dicha a esos leales españoles.—Alfonso."

Telegrama del Ministro de España

"Vicecónsul de España.—Salto.

Muy agradecido a su amable invitación, lamento no me sea posible asistir al banquete por compromisos aquí. Los acompaño en espíritu y deseo el mayor éxito a las patrióticas fiestas.—El Ministro de España."

"Consulado de España en Montevideo.

N.° 116.

Muy señor mío:

Acuso a usted recibo de su atenta comunicación N.° 23, de fecha 7 del corriente, en la que se sirve transmitirme la amable invitación de la Comisión Directiva de la Sociedad "Prado Español", para el banquete que en conmemoración de la Fiesta de la Raza tendrá lugar el día 12 próximo.

Ruégole manifieste a dicha Comisión, al mismo tiempo que mi más sincero agradecimiento por el honor dispensado, mi profundo sentimiento al tener que excusarme, por retenerme en esta residencia festejos de la misma índole, y que me privan del agrado de verme entre ustedes.

Cúmpleme dar a usted también las gracias por su atención sirviendo de transmisor de tan gentil iniciativa.

Dios guarde a usted muchos años.

Montevideo, 8 de octubre de 1919.

Fernando P. del Pulgar.

Señor Vicecónsul de España en Salto."

DISCURSO DE APERTURA

Del señor Luis A. Thévenet

Señoras; señores: Asistimos al primer torneo de este género clásico que se celebra en el Salto, y suscitamos la confraternización de encantos y de afectos, para crear el dominio de la gracia con la mujer, de la luz con los poetas, del color con las flores, y del sonido con la música.

Se me ha señalado el honor de pronunciar las palabras iniciales, y serán brevísimas, porque comparto con vosotros esa ansiosa esperanza llena de optimismos sobre los episodios solemnes de este acto, en los que veréis una renovación espiritual de aquel Salto inolvidable, de aquella edad de oro con resplandores atenienses, que colocan en la tradición de nuestro pueblo la nota hermosa del culto a las letras y a las artes...

Todas las causas, todos los motivos, todas las tendencias y todos los aspectos de este festival no pueden impresionar más agradablemente el alma de nuestra raza, porque traduciéndose a las exquisitas palabras del espíritu constituyen el símbolo de una redención suprema y el triunfo definitivo de altos ideales de amor y solidaridad. Realizamos este torneo para practicar sentimientos de justicia, para ofrendar a la que ha sido todo lo más grande que se puede ser en la vida: a España, que ha sido Madre, que ha sido Reina, que ha sido Mártir y que es la más augusta expresión de la Gloria! Y para practicar ese sentimiento concurrimos con los mejores atributos, aplicando el calor de nuestra sangre, la fidelidad de nuestro corazón, las galas magníficas del idioma y la belleza divina de la mujer, que siendo hermana de la posesión, trae su voto de consagración a los triunfadores de esta jornada.

Hace apenas unas horas el Salto levantaba los prestigios

de su vitalidad material con el brillante éxito de una exposición industrial, enseñándonos el fruto de la obra disciplinada por ideas científicas modernas e inspiradas en patrióticas ansias de progreso. Por una coincidencia, o por una antítesis, venimos a colocar frente a las frescas reminiscencias de aquel suceso esta manifestación de cultura intelectual, iluminando aquel gesto victorioso del trabajo con un rayo vigoroso del pensamiento, para que la caracterización de nuestra vida regional sea extensiva, como esa dulce imaginación y ese impulso corporal del artífice, conciliados en la devoción de lo bello, que modela en el rudo mármol la figura de una Diosa que forjó su cerebro romántico.

La vida humana es un programa que jamás excluye las sensaciones contradictorias a que cada individuo tiene como un derecho para la formación del carácter con que ha de actuar en el vasto escenario universal. Hagámosla amable, orientándola hacia la fuente mágica de los idealismos y para ello cedamos a esa natural ascensión del espíritu que deja al margen toda preocupación subalterna. Es lo que hemos pretendido al proyectar este acto, reintegrándonos en la solemnización del Día de la Raza, a la legítima convicción de lo que somos y de lo que podemos realizar.

La Comisión Organizadora de los Juegos Florales entrega en este instante el resultado de su obra.

Señoras: Sois las flores de un jardín encantado que va a recibir la visita de los poetas...

Señores: Sois la guardia que rinde honores a los magos de la palabra...

El acto queda inaugurado.

Del Mantenedor

Señoras; señores:

Jamás me he acercado a una tribuna con tan profunda, tan real y tan espontánea seguridad de mi falta de merecimientos como en esta solemnísima ocasión. Me reconcilia

con mi conciencia, sin embargo, el haber declinado oportunamente tan altísima distinción, y me da alientos para dirigiros la palabra el convencimiento que tengo de que estoy aquí respondiendo a un honor, de esos que no pueden renunciarse sin mengua de las consideraciones personales y colectivas que a tan difícil puesto me han traído.

Es que cuando se medita acerca de lo que significa esta tribuna en la presente fiesta, se experimenta irresistiblemente el vértigo de las alturas más hermosas del pensamiento. Los rumores corrientes de las cosas terrestres; las turbulencias y agitaciones de la existencia diaria; el batallar continuo de los intereses encontrados parecen acallarse, como si la vida humana, con sus necesidades y sus pasiones, quedara allá en la hondonada remota, cubierta con el velo impalpable de la distancia que todo lo amortigua y todo lo borra. Se diría que domina en torno de esta tribuna el silencio soberano de las altas cumbres, donde a la vez que se extinguen los rumores de la tierra, se percibe la sensación creciente—de extrañas armonías, que vienen de lo alto, como si descendieran—saltando a modo de argentinas cascadas por las cuerdas de infinita sucesión de arpas, sostenidas y pulsadas por manos invisibles.

Lo mismo que en la leyenda escandinava, convocadas por el eco lejano de los toques guerreros, se reunían en la cima de las más altas montañas aquellas deidades fabulosas de resplandecientes armaduras, empenachadas con fantásticas cimeras, se ha dado cita en este estrado el cónclave de las Musas que llega hasta nosotros acudiendo al llamado, no desoído nunca, de la Belleza, del Amor y del Arte.

Es la ronda sublimede las viajeras eternas, compañeras inseparables de la humanidad, que van cantando sus alegrías y sus dolores, sus desfallecimientos y sus triunfos, sus glorias, sus himnos y sus esperanzas; son las musas seculares, las de siempre, perpetuamente jóvenes, que van cruzando al través de todas las edades y de todos los tiempos a modo de inquieta bandada de golondrinas que emigran de un campanario a otro, buscando incansables el templo de Heliconte, donde se reunían otrora para celebrar sus justas y sus torneos.

No están todas ellas; para algunas no hubo sitial en el programa de esta fiesta inolvidable; otras se han detenido, prodigando sus gracias por el camino; pero, en el grupo encantador, que en esta hora feliz es nuestro huésped, reconozco a Callicpe, emblema de la poesía épica, adornada de guirnaldas, ceñida con una corona de oro la majestuosa frente; admiro a Polymnia, pensativa y coronada de rosas, envuelta en su ropaje blanco, simbolizando la poesía lírica; saludo a Clio, la musa de la Epopeya y de la Historia, apoyada en su dulce cítara; y me inclino, finalmente, ante Erato, inspiradora de la poesía erótica, coronada de mirtos y de rosas, sosteniendo en la diestra una lira de oro.

A la invocación selecta formulada por el alma tutelar de estos Juegos Florales, ellas abandonaron presurosas la mansión olímpica, desde donde custodian el fuego inextinguible de las artes, y, tripulando a manera de etérea nave, un arrebol arrebatado al más hermoso de los crepúsculos del cielo uruguayo, ellas golpearon a la puerta de nuestros poetas y de nuestros prosistas, de nuestros historiadores y de nuestros filósofos; ellas recorrieron, como lugar conocido, la estancia de nuestros escritores, iluminada a toda hora por el resplandor que emerge de las páginas inéditas de un templo; ellas penetraron a la alcoba modesta del estudiante, saturando el ambiente con ese trasunto inconfundible de la novia que al pasar deja en una sonrisa la ofrenda de los supremos primores del alma; y ellas fueron hasta la mesa de labor del periodista, conjurándole a olvidar un rato la lucha ardiente y dura para trocar la péñola de combate por la pluma de oro que sabe despertar rosas al lado de las espinas más recias y enconadas.

Y helas aquí de vuelta, tornasoladas abejas del Parnaso, que vienen cargadas con toda la ambrosía y todo el almíbar que han podido libar en los jardines exuberantes de la literatura nacional. Dentro de breves instantes vais a deleitaros con la obra de su inspiración, recitada al compás del laúd de nuestros poetas.

¡Cuán necesarias son en todo tiempo esas trovas, en que el alma humana se sustrae al naufragio de los más sublimes ideales, a la manera de los nenúfares que flotan y abren

sus corolas, mecidas por la corriente que los sostiene temblorosos sobre el abismo!

Cuando los Juegos Florales surgieron por vez primera a la vida, allá en las recónditas lejanías de la Edad Media, los tiempos eran crudos para todo lo que fuese cánticos del alma. El renacimiento de las artes no había llegado aún a recoger y restaurar la lira de los antiguos poetas griegos, que yacía hecha pedazos bajo las ruinas soberbias del pasado, mezclada con los fragmentos polvorientos de tantas otras artísticas creaciones. La fuerza reinaba soberana, personificada en la voluntad absoluta, insensible y brutal de los señores feudales. La hoguera y el hacha del verdugo constituían los símbolos, puede decirse, de aquel sistema nefando; y el tormento era la garantía con que irónicamente se aseguraba la imparcialidad y la rectitud de la justicia. En medio de la barbarie dominante, doliente y fugitiva, perseguida y proscripta, la poesía halló el amparo romántico y caballeresco de los trovadores medioevales y, como una virgen púdica y desnuda, se refugió en la ciudad de Tolosa, donde entonara sus primeras y tímidas estrofas frente a la reja de una joven, cuya hermosura, perpetuamente renovada, sigue siendo fuente de inspiración para todos los poetas.

Seis siglos han transcurrido desde entonces, sin que los Juegos Florales se hayan modificado sensiblemente en su significado y en sus proyecciones. El régimen de guerras continuas y feroces, que llenaban el escenario mundial durante aquel período agitado de la historia, ha sido sustituído por otro orden de actividades más pacíficas, pero también más intensas, más difundidas y no menos peligrosas para el florecimiento constante de la poesía. Los grandes problemas sociales y económicos, que recorren continuamente el mundo como oleadas de poderoso materialismo, amenazando arrasar con todo, sugieren más que nunca, la evocación de aquellos tiempos remotos en que los trovadores rondaban la belleza de la joven tolosana, para sentirse fortificados en el credo de sus altos dogmas literarios.

Ha desaparecido del escenario el señor feudal, omnipotente y arbitrario, amo indiscutible del honor, de la pro-

piedad, del derecho y de la libertad ajenos; la democracia ha relegado los atributos de su mando a la estantería de los museos; pero, en cambio, le han reemplazado esas otras múltiples tiranías creadas por las complejas exigencias, problemas y cuestiones, necesidades y tendencias que la vida moderna ha ido tejiendo en su continua evolución. Cada hombre, cada hogar, significa en ese sentido un asedio, y muchos, seguramente los más, son los que se rinden desalentados, sin tener siquiera una mirada para la bandera del ideal que flota por encima de los bastiones.

Nunca fuera más necesario que ahora, pues, el espíritu inmortal de la poesía, encarnado en la tradición de la hermosa joven tolosana. Su sonrisa y su gracia hacen falta siempre, dondequiera haya un orden de actividad humana. Ella es indispensable, personificada en este caso por la mujer uruguaya, para ceñir un laurel en la frente de los elegidos. Porque ella es la que magnifica los triunfos, la que intensifica las alegrías, la que despliega auroras rosadas sobre el fondo obscuro de las amarguras, y la que ahuyenta las preocupaciones poniendo su poesía innata en todo cuanto la rodea.

Como fué en los tiempos legendarios sostén y credo de los trovadores enamorados y melancólicos, hoy, transformada por la sociedad moderna, y subordinada a las múltiples fases de la nueva existencia, artista, sus creaciones e interpretaciones nos hacen sentir la influencia fascinante y dominadora de sus éxitos; bienhechora, su acción generosa y caricativa es un bálsamo de infinita bondad que llega a todos los necesitados; enfermera, tiene para sus protegidos la ternura infinita de los ángeles; obrera, ella alivia los apremios del hogar con su trabajo; creyente, sacrifica con estoicismo a su fe todos los halagos del mundo; poetisa, nos obliga a detenernos en el camino, para escuchar embelesados las profundas estrofas de María Eugenia Vaz Ferreira, o los cantos apasionados con que Juana de Ibarbourou anunciara la alborada de su consagración. En la vivienda del obrero, es ella la que culmina la jornada, poniendo con la gracia de su compañerismo una pincelada color de rosa en el alma taciturna de su dueño. Y, cuando

el hombre humilde de nuestros campos retorna de sus largas recorridas, buscando el rancho que desprende al aire su columna de humo azul como un salmo a la vida tranquila y feliz del hogar campestre, lo primero que divisa en la lejanía, agitada por el viento, es una veste de suaves colores, que le hace sentirse más hijo de la noble tierra que se extiende delante de sus ojos. Con su vida pastoril y reposada, que se desliza en esas rústicas chozas, que parecen cobijarla cariñosamente bajo su doble techo como ave que cuida con amor su prole, nuestras campiñas verdegueantes; sobre un fondo eternamente bello, sugieren por doquier el idilio, que es fuente de inagotable poesía.

Es verdad que los clásicos griegos echarían de menos las modulaciones de la flauta de los antiguos pastores que inspiraron a Teócrito sus más bellos madrigales; pero, si ponéis la atención debida, acaso escuchéis los rasguidos de alguna guitarra quejumbrosa que confía a sus arpegios las intimidades de un corazón o las añoranzas de la patria; y tampoco ha de faltar, en la ramada próxima, alguna calandria gentil que cante en sus trinos la belleza inagotable del paisaje.

Pero este festival tiene un doble significado, pues al mismo tiempo que los Juegos Florales importan la celebración de un insigne torneo literario, se ha querido honrar con su homenaje el gran Día de la Raza, consagrado en esta fecha por España y por la América española.

¡Loada sea esa feliz iniciativa, cuya finalidad fundamental es cantar en la incomparable lengua española la grandeza, la majestad, la energía y las glorias de nuestra raza! El genio de la España, caballeresca e hidalga, ha retoñado vigorosamente en todos los pueblos de este Continente, donde llegó a posar la planta el conquistador ibérico. Las costumbres austeras de la madre patria, su sabia legislación, sus instituciones, las modalidades de su carácter y las elevadas tendencias de su espíritu, encarnaron fácil y rápidamente en las poblaciones del inmenso solar americano, tierra virginal y magnífica que, ataviada de flores y velada con el tul de sus brumas, parecía aguardar junto al altar del des-

tino su desposorio con la raza portentosa de conquistadores que habían presentido su existencia.

El peso de muchos años ahoga la fecha en que las carabelas de Cristóbal Colón dejaron sus amarras frente al puerto de Palos, haciendo proa hacia lo desconocido, en un desfile que podríamos llamar quimérico; pero el alma americana se estremece aún de inquietud y de zozobra cuando, al hojear las crónicas de la época, llega al punto en que las desavenencias y el desaliento de los navegantes que tripularon aquella expedición extraordinaria, estuvieron a punto de hacer fracasar la sublime empresa.

Porque fué entonces, en esas horas de tribulaciones y de ansiedades, cuando se jugó y se decidió la existencia definitiva de nuestra raza.

El espíritu asiste sobresaltado a las incidencias de aquel viaje prodigioso, en las que solamente podía oponer Colón su fe genial como único razonamiento para convencer a los descontentos, quienes con un simple golpe de timón dado a las pequeñas naves, podían haber cambiado en un instante el destino de América, derrumbando todos los ensueños y todas las esperanzas de aquel iluminado y, dejando atrás, quién sabe aún por cuántos siglos, el continente americano, adormecido bajo sus frondas fragantes colgadas de orquídeas, esperando el beso de la civilización que habría de despertarlo a la vida del universo entero.

Jamás cuna alguna simbolizó el nacimiento de un pueblo con más exactitud y precisión que aquellas tres pequeñas carabelas entregadas al capricho del mar y a la viaraza de las tempestades, llevando a su bordo el genio, el valor, la hidalguía, la fe, el carácter, el idioma, y las virtudes todas de la raza ibera. Jamás pudo concebirse alegoría más completa de una gran nación que la ofrecida por aquel puñado de héroes, agrupados sobre la cubierta de endebles embarcaciones, librados a merced del Océano, firmes al pie de la bandera de Castilla, vistiendo sus mejores arreos y empuñando las armas que venían de esgrimir en cien combates legendarios, escudriñando con la mirada inquieta y dominadora, la indescifrable incógnita del lejano horizonte.

Realizando la leyenda del arca bíblica que salvara del

desastre el mundo entonces conocido, las carabelas de Colón llevaban en sus entrañas la redención de un continente ignoto, y no había de faltarles tampoco la grácil gaviota blanca, verdadera paloma del piélago inmenso que, al cruzar el espacio va desflocando con las alas la sedosa espuma de las olas, y que debía ser para los atrevidos navegantes nuncio feliz de la próxima tierra prometida.

Tal día como hoy la expedición legendaria de esos argonautas visionarios que corrían tras la soñada tierra se detenía frente a la costa americana soltando las anclas con estrepitoso ruido de cadenas, anunciando al nuevo mundo que la hora del vasallaje había llegado; pero, cuando el Gran Almirante, al frente de sus hombres, pisó tierra, en la primer mirada, en el primer gesto, en el primer ademán cambiado con los nativos que salieron a su paso hubo tal malsedumbre, tal comprensión íntima, tal rudo entendimiento y tal extraña cortesía, que bien puede decirse, quedó sellada desde aquel momento la unión de las razas hispano-americana, cuya glorificación celebramos en este día.

Y es así que, cuando terminó la primer etapa del período que podríamos llamar colonizador del continente, y América se sintió estremecida de polo a polo por las ansias de la independencia y de la constitución de sus pueblos, fué la raza hispano-americana la que generó y llevó al triunfo aquel magno esfuerzo por la redención nacional en todos los pueblos del continente donde España había establecido su dominio. Permitidme recordar con reverencia la visión de la cabalgata homérica de Asencio, a cuyo frente, como centauros invencibles, van empuñando las lanzas dos caudillos, por cuyas venas corre palpitante sangre española: Pedro Viera y Venancio Benavides. Permitidme también que, a la manera como esos dos obscuros soldados se sintieron hermanados en aquella ocasión con el sentimiento nativo, poniéndose al frente de esa legión preconizadora de nuestra independencia,—permitidme, repito, detenerme a considerar como a su vez el alma nacional se siente identificada con aquella figura gallarda del general Ruiz Huidobro, cuando, de pie junto al puente levadizo de la Ciudadela de Montevideo, con una apostura digna de los pala-

dines de Zaragoza contesta al invasor inglés que no se rinde y hace de aquella ciudadela de granito el pedestal magnífico de su inmortalidad. Y sobre ese fondo de grandeza común, dejadme también evocar la imagen arrobadora del Protector de los pueblos libres, de nuestro gran Artigas, cuyo árbol genealógico tan arraigado está en España como el de sus coposas encinas centenarias.

Tal identidad de orígenes y de tendencias, ese culto común a la libertad y a la justicia, esa inclinación irresistible hacia lo caballeresco, lo señoril y lo hidalgo, esa semejanza de temperamento y esa solidaridad espiritual de pueblos y de raza, que es el distintivo arrogante de nuestro carácter frente al egoísmo que es nervio motriz de las actividades de otros pueblos, todo eso irradió de aquella mirada, dulce y tolerante, cambiada por Colón con los nativos de América en las playas de San Salvador el 12 de Octubre de 1492, mirada serena y expresiva que por los siglos de los siglos selló la fusión definitiva del alma ibérica con el alma americana.

Y es a nuestros poetas que incumbe la misión sagrada de celebrar y estrechar continuamente esa alianza, cantando en el idioma exquisito de Cervantes, con ese instrumento divino que es orgullo de nuestros pueblos, la eterna poesía de la raza hispano-americana, que entona sus versos, con el mismo sentimentalismo y la misma lengua al pie de "La Tapera", de Regules, que junto al "Pórtico de la Alhambra", de Zorrilla, a la orilla del Cantábrico en "La Pesca", de Núñez de Arce, lo mismo que en las playas de la Agraciada con Zorrilla de San Martín en "La Leyenda Patria".

Señoras y Señores:

La ciudad del Salto, esta docta ciudad cuyas patrióticas energías le están dando una figuración tan realzada dentro y fuera de la República; esta ciudad fecunda y múltiple, que a los quince días de celebrar el mayor triunfo de la industria madre del país que se haya conocido dentro de fronteras, ofrece el prodigio de este otro triunfo del espíri-

tu, en cuanto tiene de más hermoso y dignificante; esta bella ciudad, soñadora y ardiente, que parece haberse engalanado con todos los azahares de sus naranjos y con todas las crenchas de sus glycinas para recibir la visita de los poetas; la ciudad del Salto, arrullada perennemente por el rumor de sus cascadas, como si náyades de bronce de la "raza que fué" derramasen sin cesar sus ánforas de amatistas entre las rocas agrestes de nuestro río; la ciudad del Salto, reclinada sobre la ribera, zahumada por el vaho delectante de los paraísos en flor, envuelta en la túnica azul y plata del Uruguay, reasume todas las emociones de esta fiesta estrechando en un abrazo del gran río a la Argentina y al Brasil; abrazo que es de solidaridad y amor, extensivo a todos los países latino-americanos; abrazo que es de cariño y de gratitud hacia la madre patria; abrazo que es de fraternidad y de unión para todos los pueblos de habla castellana.

He dicho.

Juan Giribaldi Heguy.



¡ESPAÑA!

Es gentil y castellana,
es hidalga y generosa,
es hermosa,
soberana
y gitana.
Es clavel en la ventana
de Andalucía;
alegría
en la reja
de una calle sevillana;
es la queja
del zapato de charol
que calza la madrileña;
santo y seña
para el sol
que se quiebra en su puntera,
zapato que reverbera
como un astro de cristal,
prendido en la fimbria artera
de su falda de percal.
En la verbena es guitarra,
es copla de la farra
que es alma de la Bombilla,
es la rubia manzanilla,
la mantilla;
el peinetón,
y el floreado pañolón
en cuyos flecos de seda
los corazones que enreda
son banderas de pasión.

Es la fiesta de la luz
bajo su cielo andaluz,
porque brilla como el oro,
porque arde
en la plaza donde el toro
—más siniestro
que un cobarde—
hiere al diestro
que le da como un maestro
la estocada de la tarde...
Y en la arena,
—que se llena
de sombreros y cojines,
de pantallas, clavelines
y verbena,—
ha tirado una morena
—que es sultana y es sirena—
su abanico de color,
ofreciendo al matador,
—que del suelo
la acaricia con la vista—
su pañuelo
de batista
para enjugarse el sudor
o restañarse la herida,
para contener la vida
que es la esencia más florida
de su amor.
Es católica,
cristiana,
apostólica,
romana,
por su fe, por su candor;
es la musa de la gracia,
y del caló; la aristocracia
del piropo que hecho flor
a su paso se desgrana,
y una espada toledana
simboliza su valor.
¡Salve España,
que la hazaña
propiciaria de Colón,
—la aventura más quimérica,
convertida en una homérica
campaña
que da lustre a su blasón,—
pues América
para España
fué otro nuevo corazón!

Faustino M. Teysera.



La Reina de la fiesta.—Señorita María Luisa Amaro Amorim

A LA REINA

Reina de este festival
por quien vibra mi laúd,
tres veces reina triunfal
por tu gracia y juventud
y tu belleza oriéntal;

nada vale este sitial
para ti que ya eres dueña
de un trono más ideal:
eres mujer—y salteña
que es más que reina floral!

A LA CORTE DE AMOR

Corte de amor
que en honor
de la reina estás aquí,
mira en mí
al trovador,
al lírico sembrador

de las rosas ideales,
que, como un pobre señor,
ofrece cual una flor
a vuestras plantas ducales
su alma de soñador...
Corte de amor!

Faustino M. Teysera.



LA CORTE DE AMOR.—La Reina: Señorita María Luisa Amaro Amorim—La Corte: señoritas Alida Noboa, Nelly Errandonea, Erlinda Texeira Núñez, Emma Claverie Patulé, Julia Errandonea, María Elisa Ancel, Irma Silveira Riet y María Elena Popelka.



(Poesía: tema libre).

LAS CASAS

(Prólogo de un poema)

Casas tranquilas, casas heladas, misteriosas,
que triunfáis fríamente de todas nuestras cosas,
de las generaciones, los sueños y el dolor;
casas que sois espectros de pasadas delicias,
y que evocáis miserias, y llantos y caricias;
casas: albergues de odios... ¡casas, nidos de amor!

Casas que sois misterios... Casas: cuevas del hombre...
no guardáis ni un suspiro, ni un sollozo, ni un nombre:

sólo con la ironía del recuerdo crüel
evocáis un momento, o una vida, o un sino,
como iniciales pétreas que en medio del camino
clavaran los instantes de locura o de hiel.

Casas de las ciudades, circundadas de ruidos
y de vida nerviosa; templos de amor perdidos
entre el loco vivir de los hombres, y mar
que reina sobre el caos de infinitas pasiones
gloriosas y mezquinas, raudas como ciclones,
que los años se encargan, fieros, de devorar.

Casas regias, palacios que no ignoran la orgía,
en que a la luz eléctrica apaga la del día
en medio de un ambiente voluptuoso y banal;
casas cuyas ventanas, con albos cortinados,
hacen pensar en suaves vestidos escotados
mostrando el nacimiento del seno alto y sensual.

Casas negras, fatales, focos de enfermedades
y de miseria y crimen, y dolor, y maldades,
casas llenas de sombras: casas del arrabal;
casas donde solloza la carne degradada
por el vicio y la infamia; casas donde la Nada
reina en un espantoso connubio con el Mal.

Casas que en las orillas del mar, frente al abismo
murmurador, sentisteis, quizás a un tiempo mismo,
rugir los elementos y al hombre sollozar
de impotencia o de miedo... Chozas de pescadores
que contempláis, crujientes, los marinos furores
que os ponen indefensas en manos del azar.

Casas de la campiña, blancas, como palomas
que acurrucadas, quietas, rodeädas de aromas,
durmieran entre el césped con un sueño tenaz:
Casas sencillas, limpias: virgiliana poesía
que nos habla de toda la égloga del día
y la nocturna calma... ¡Símbolos, sueños, paz!

Casas de las campiñas y casas costaneras;
palacios, bohardillas como altas madrigueras,
templos y hospitales, casas de caridad,
chozas, conventos: lares por que pasa la Vida,
y en que la Muerte hace su colecta temida
sin que os conmueva un punto: Impasibilidad.

Casas que sólo el Tiempo iconoclasta abate:
bajo vuestros aspectos indiferentes late
¡cuántas veces el signo de la contradicción!...
Apariencias, esfinges, enigmas eternales
que cobijáis, impávidas, los bienes y los males
bajo los muros fríos de vuestra discreción.

Yo siento la infinita sed de los imposibles
cuando al pasar contemplo los muros impasibles,
y las puertas discretas, y el callado balcón:
yo quisiera arrancaros el recóndito arcano
de las vidas más íntimas, del dolor más humano
que ha cruzado el minuto de una generación!

Juan Mario Magallanes.

Montevideo.

¡Peregrino de amor, aquí me tienes!
¡Coronadas de mirto, están mis sienes!...
Vengo de lejos, del país sonoro
donde todo es encanto y armonía,
do a las notas de Pan contesta un coro
de suaves rimas al rayar el día...
Llego hasta ti trayéndote el tesoro
de mis versos fragantes, juveniles,
¡rica cosecha de un jardín risueño,
flor de flores de todos los pensiles
en que canta el Amor su puro ensueño!

Romántico viajero de la Vida,
a la Vida pedí una sola cosa:
que, en llegando la eterna despedida,
transformara a mi alma en mariposa.
Mi anhelo era tener alas inquietas,
        alas de seda y rosa,
alas tenues, de artistas y poetas,
con vibración de luz—rubí y topacio—
de esas que son semilla de alboradas
cuando en la noche, por Amor tocadas,
se convierten en joyas del espacio.

Y en las noches tranquilas,
cuando brillan serenas las pupilas
del azul infinito allá en la altura,
el rimador de ensueños imposibles
desflecaba los hilos intangibles
de los astros lejanos, parpadeantes,
        para formar con ellos
una escala encantada de destellos,
¡una escala de mágicos diamantes!
Por sus tramos de luz, hasta la tierra
bajaba el alma que la noche encierra

y, a su vez, a los astros ascendía,
en espiral de melodiosos giros,
el alma de la tierra hecha Poesía
a través de sollozos o suspiros.

Besando los boscajes,
una visión gentil, visión de bruma,
que a veces era copo y ora espuma,
prendía los encajes
de su impalpable veste
en el paisaje agreste
do el infinito enigma del misterio,
bajo un inmenso palio azul-celeste,
sonar hacía místico salterio.
¡Era un dulce sonar, cuya armonía
bordaba rimas entre vagos tules
y poemas tejía
sobre sedas y rasos orientales
evocando el mirar de unos azules
ojos claros de límpidos cristales!
¡Eran lagos serenos
donde un rayo de sol, hecho mirada,
de pronto, por contraste repentino,
con chispazo divino,
surgir hacía los ebúrneos senos
de la amable princesa Scherezada!
¡Todo el Oriente, seductor, lascivo,
vibraba, entonces, entre sangre y oros
y el danzar de morenas bayaderas
a este triste laúd daba motivo
para gemir con los acordes moros
de guzlas plañideras!

Pero, luego, el soñar del buen trovero
nuevos rumbos seguía
y, cruzando los mares,
a otro suelo extranjero
iba en busca de coplas y cantares

¡hasta llegar por fin a Andalucía!
Bajo el arco triunfal de la quimera,
el reino de la luz y del donaire,
donde anida una eterna primavera,
donde flotan caricias en un aire
perfumado de nardos y claveles
y alegrado por risas y canciones,
hizo llamear los iris de su cielo
encendiendo mil diáfanos caireles
con el vivo revuelo
de los flecos de mágicos mantones!

Los cármenes, cuajados de rosales,
y los huertos de azules campanillas,
brindaron al poeta sus verdores
para tejer con ellos madrigales
mientras níveas mantillas
velaban los quemantes resplandores
de esos retintos ojos sevillanos,
carbones de tormento
que, por raro portento,
dan la vida y la muerte a los humanos!

A través de calados ajimeces,
o quizás escudado
tras moruna ventana,
entre suspiros y rumor de preces,
deslizaba leyendas el pasado
haciendo revivir ante las rejas
la figura gentil de una sultana—
de garzos ojos bajo negras cejas—
en cuya blanca mano,
hecha de rosa, de marfil y nieve,
algún apuesto príncipe cristiano,
tembloroso, anhelante,
ponía un beso fugitivo, breve,
ardoroso y amante,
que fundía dos razas enemigas
en una raza sola,

como funden sus oros las espigas
con el rojo color de la amapola!

Borraba, luego, esta visión de otrora
la primera sonrisa de la aurora
al escucharse, alegre, el bordoneo
de flamenca guitarra, toda amores,
que en su fresco rasgueo
rimaba besos y esparcía flores...
Y en un obscuro callejón, estrecho,
donde siempre el Amor está en acecho,
vibraba la guitarra su ternura
bajo los pliegues de una capa obscura,
¡una capa de vueltas rojo y gualda,
bautizada en Sevilla,
teniendo por madrina a una mantilla
al mismísimo pie de la Giralda!

Luego, ¡otro cuadro más!... ¡La luz del día
celebrando su rubio desposorio
bajo ese cielo azul de Andalucía
en el que brilla el sol como ostensorio
cuajado de topacios y rubíes
y en el que cada rayo es una flecha
disparada por ojos zahoríes
al compás de una copla o de una endecha!

¡Luego, más oro aún, entre celajes
que ya la tarde tiende
de amaranto y de grana!...
¡Toda la gama del color que enciende
seda y percal en femeninos trajes
en el Puente de Triana
al chocar con la luz de una pupila
de belleza gitana
para bordar mantones de Manila!

Y cuando, declinada ya la tarde,
entre aromas de frescos limoneros,

húndense en grata sombra los senderos
de huertos y jardines,
un reflejo de sol, que último arde
como estrofa de luz de mil jazmines
en la Torre del Oro,
evoca allí, fugaz, trágico, fiero,
cual un chispazo de candente acero,
rojas hazañas de un califa moro!....

Llega la noche azul. ¡Muy suave llega!
Las estrellas entreabren ya su broche
y en reposo de paz duerme la vega
del Bétis al arrullo
soñando con lucir más regias galas,
en tanto el río enhebra en su murmullo,
como si fueran voces de la noche,
"rumor de besos y batir de alas"...
¡Hora de vago ensueño, toda amores,
en la que flotan ansias, fantaseos,
ilusiones y risas y deseos
bajo un arco de mágicos colores!
¡Hora suprema, de auras misteriosas,
que encierra toda entera
el alma de una nueva Primavera
coronada de lirios y de rosas!
¡Hora de los recuerdos, flor y espuma,
esperanza hecha anhelo y hecha bruma,
tú le ofrendaste al trovador errante
la infinita poesía
que buscaba anhelante
en la Tierra del Sol: ¡Andalucía!

. . . .

Y hoy, de regreso del peregrinaje,
señora de mis sueños, es contigo
el triste soñador, el buen amigo,
el Poeta que vuelve de su viaje
por la tierra gitana,

trayéndote un clavel más encendido
que tu boca de grana,
para que tenga por divino nido
tu negra cabellera americana.

Luis Scarzolo Travieso.

Montevideo, 11 de septiembre de 1919.



CANTO A LA RAZA

I

Canto a la gloria de la raza aquella
Que un día fué del cielo protegida,
Cuando el Sol de su espléndida corona
Jamás sobre su reino se ponía,
Canto a la raza cuya noble sangre
Tiñó la espada valerosa e invicta
Que humilló la cerviz de Alcamán fiero
Y rubricó la gloria de Castilla...
Inclita Hisperia de los dioses quiso
Hacerla el cielo objeto de codicia,

De la ambición extraña, cuando el griego
Mirando en ella la Occidenta rica,
Pobló de rodios y zacintios dando
Tributo honroso a la deidad olímpica
De Júpiter, alzando los altares
Que de Rosas y Emporia la Divina
Dieran al cielo el humo de los dones.

Nación ninguna cual Hispania rica,
Fué ofrenda entonces para el hombre grata
Por ser huerto fructífero de vida,
¡Tierra de promisión!... Con la abundosa
Riqueza del venero de sus minas,
De su tierra feraz alzó la frente
Para mostrar su esplendidez que abría
Rico vergel al codicioso anhelo
De Cartago, de Grecia y de Fenicia.
Allí el primer hogar de sus señores
Celtas, persios, e iberos sonreía
Junto a la lumbre que el amor enciende;
De aquel abrazo colosal la vida
Surgió potente de una raza bella,
Estirpe prodigiosa que sería
Gloria más tarde, luz, lábaro hermoso
De España, gran señora, noble, altiva,
Honor del mundo y única en la Tierra
Que en su lenguaje hablar con Dios podría!

Vengan aquí a cantar con el recuerdo
De las gestas de ayer sus glorias ínclitas,
Del pelásgico Cíclope los muros
De la inmortal Sagunto. Alcen Sevilla,
Córdoba y Málaga las frentes llenas
Del codicioso beso de Fenicia;
Y Paleopolis el laurel de Dafne
Ponga en las sienes de la raza invicta.
Avergonzada Roma, el nombre escuche
De Viriato y Numancia, y la bocina

Resuene con la fama de los héroes
Y semi-dioses que en España un día
Ludibrio hicieron de Astarot las aras
Y de Moloch cuando la santa ira
Hispana, de Cartago rompió el yugo...
Del poema del hijo de Favila
Suene en su estrofa la épica trompeta,
Del monte Anseba hasta la Gloria misma
En que la enseña de la Cruz esplende
Su redentora luz sobre la vida.
Y el estandarte del Islám se incline
Ante el pendón triunfante de Castilla
Confundiendo en Boabdil el gesto impío
De la prole agarena. La familia
De los Cides levante el Arca Santa
De la virtud caballeresca, limpia
De mancha, fiel, valiente, cuyo nombre
Hizo inmortal su gloria y su hidalguía!...

Cantemos a esa gloria. El himno brote
Con el caudal torrente de la vida
De las generaciones que han sentido
Su beso maternal. Raza bendita
De nobles caballeros y poetas;
Raza que tuvo en Don Quijote un día
Símbolo austero de un ideal que ha muerto
En la guerra por hambre y por conquista;
Santa expresión del alma de una raza
Que antes que deshonrarse perecía!...

II

¡De pie todos vosotros! pueblos jóvenes
Que al dar su sangre os dió la vida España;
Venid con la cabeza descubierta
A saludar en ella vuestra raza.
¡América de pie!... Sea su nombre
Un salmo de oro para vuestras almas...

4

Venid a devolverle una caricia
Por cada mil que con frecuencia os daba!
No le imputéis pecado alguno si ella
Alguna vez no oyó vuestra plegaria,
Que ella el pan os donó de su ventura
Y también os partió el de su desgracia.
Os dió tan sólo aquello que tenía
Con maternal amor y audacia tanta
Que hizo el milagro de encontrar un mundo
Perdido al parecer bajo las aguas,
Y realizó la empresa gigantesca,
Que es magnífica gloria de su raza,
De Hernán Cortés, Francisco de Pizarro,
De Núñez de Balboa... Y fué esta Atlántida
Bella deidad surgida de la espuma,
Sin que la ciencia de Platón tomara
Porción alguna en el prodigio inmenso
De conquistar un mundo con la nada!

¡Vamos! En alto levantad las copas,
Y brindad por la gloria de la Raza,
De la Raza del cielo descendida
Entre cirios de luz y rosas blancas!
Su enseña de oro y sangre, no pudieron
Mercaderes sin fe contaminarla.
Nadie pudo vencerla en su hidalgüía,
Aún en la noche cruel de su ignorancia
Cuando en la inmensa catedral de piedra
El fanatismo ante la Cruz oraba.
Raza soberbia que un Titán altivo
Secretamente le hace de atalaya,
Y renovando el grano de la gleba
Nueva vida le infunde al abonarla.
Raza precoz, ilustre, que en otrora
A Europa con su ciencia iluminara,
Cuando el Rey Sabio Alfonso diligente
La ruta de los astros consultaba!...

¡Salve! madre propicia, que a tus senos
Amamantaste con maternas ansias
De ver tu herencia atravesar los mares
Multiplicando tu esplendor y fama,
A estos hijos de América triunfante
Que hoy ante el Orbe su lealtad proclaman.

Bendita seas tú, Raza potente
Que sobre todas te alzas soberana
Cuando radioso el oriflama ondea
De tu altiva conciencia toda blanca,
Toda sencilla como los claveles
Y rosas de las rejas de tu España;
De tu conciencia en que el pasado llora
Sus errores, contrita, emancipada
Del ayer, con visión de un nuevo mundo,
Mundo florido que el dolor levanta
Renacido de nuevo ante tus ojos,
Porque tú tienes celestiales ansias,
Porque tú con América defiendes
El patrimonio leal de aquella España
De Pedro de Alarcón, Guzmán el Bueno,
De Daoiz y Velarde, y tu esperanza
Crece entre lirios, no entre jaramagos.

No ha muerto, no, la poderosa Raza
Que un día fuera dueña de dos mundos,
Que imperios conquistara y con su espada
Las gestas más gloriosas escribía.
Están de pie sus monumentos. Cantan
"Las Partidas" su gloria, "El Fuero Juzgo",
"El Romancero", "El Cid", la lengua hidalga
De Cervantes, de Lope y Garcilaso.
Sus clarines ya tocan nuevas dianas;
Reverdecen de nuevo sus vergeles,
Y entre las ruinas de la triste Itálica
Brota la sangre de encendidas rosas:

Nuncios felices de una Aurora blanca,
Llena de luz, de libertad, de ciencia,
De arte, progreso, cual si nueva Raza
Esplendiese en el cielo de la Gloria,
Como un astro radiante que ensanchara
Desde el Hombre hasta Dios el vasto imperio
De la visión de América y España,
Abrazadas las dos en lazo ardiente,
En fraternal abrazo de dos almas!

Ya el cántico se escucha entre atambores
Y cítaras sonoras; el "hosanna"!
De la festividad, del gran banquete
En que se anuncia la virtud preclara
De pueblos vencedores hermanados
Por la sangre, la lengua y las hazañas,
Ya el himno augusto que hasta el cielo eleva
Las preces de la gloria de la Raza,
Su inmortal espiral en grato incienso
Sube a los astros para proclamarla
Raza invencible, reina cuyo trono
Será orgullo de América y de España.

Manuel Núñez Regueiro.

Octubre 12 de 1919.



CANTO AL URUGUAY

I

Tan sólo tú... Arroyo que murmuras...
Fuente cristalizada en el olvido...
Arbusto secular de la llanura...
Nido del cóndor... Gruta de la altura,
Concavidad sonora de un latido.
Tan sólo tú... Crepúsculo, borrado
En el primer aliento de la noche.
Anfora del torrente desbordado,
Que absorbe aquel derroche
De líquido espumoso, que el eterno
Fantasma de los vientos,

Arrastra en el invierno.
Tan sólo ellos... Regios ornamentos
De ricas selvas y de prados bellos
Tan sólo vieron ellos,
La soñadora estrella; la conquista:
Glorificada luz, que del profundo
Horizonte, surgió buscando un mundo
Y un nuevo mundo halló; fruto robado
A un pensamiento épico; soñado
En la bondad gloriosa de una hazaña;
De una visión que aún en el mundo brilla,
Nacida "**Por León y Por Castilla**"
Y encarnada en **Artigas**, por **España**.

II

Y el **Uruguay**, surgió de la epopeya
Como el mirar arisco del Charrúa,
Como el frágil llorar de Liropeya,
Cuando en su altivo rasgo de pasiones
Huyó a la luz, para bordar de enojos,
La noche, con el fuego de sus ojos,
Y el alba, con la grey de sus visiones.

III

Y el **Sol de Agosto**, altivo y fragoroso,
En su rodar eterno por la altura
Del **Uruguay**, recuerda la bravura
Del indio legendario, y de su hermoso
Cautiverio, mansión de Liropeya;
Que besa el agitado y espumoso
Río, que corre cual eterna estrella,
Y en su triunfal camino no arrebata
Lo que en su seno encierra aquel tesoro
Que dió su nombre al **Río de la Plata**.

. . . .

Del inmortal sarcófago de oro
Que pasó por los llanos recogiendo,
Los muertos que aún prosiguen existiendo!...
Los muertos... sí; aquellos que han vivido...
Aquellos muertos que en tropel, la gloria,
Los hizo revivir para la historia
Los inmortalizó para el futuro,
Al estrellar su pecho contra un muro,
O al obtener de un muro la victoria.

IV

Y el **Uruguay**, volcán de paladines...
Laberinto de exóticas quimeras,
En las áureas riberas
De sus vagos confines,
Cantó junto al sudario de su emblema
Como canta el zorzal en los jardines
Su épico poema...
... Como acaricia el viento los cristales
Del dócil lago, que a su voz se agita:
Como el pisar del puma en los chircales,
Como estallar de besos en la cita.
Indómito raudal de cristalinas
Notas, que arranca de los verdes prados
En las pálidas horas vespertinas,
En que el astro del día, a otros condados
Lleva el poder de su embrujado fuego,
Y en los bosques talados
Tan solo queda el ruego
De la brumosa noche, que agiganta
Las sombras que en eterna caravana
Ruedan hasta el albor de la mañana
Y oprimen mi garganta...

. . . .

... Y así cantó su himno a dos banderas,
Que en prados, cumbres, valles y riberas

Un invisible amor las confundía,
Y en un solo color se matizaban:
Trofeos que al albor de un nuevo día,
En una sola cumbre tremolaban!...
Y aún vibra el canto altivo y aún perdura
Cual estertor de luz, sobre la sierra;
Como el cañón tronchado en la llanura
Que deja sólo un rastro de la guerra;
El surco de sus ruedas en la tierra,
Y el humo de la pólvora, en la altura.

V

¡Jamás!... se borrarán de mi memoria,
Esos cantos triunfales,
Que en grandiosos raudales
Cruzan mi mente al recordar la historia
De la patria querida, que descansa
En el cimiento eterno de su gloria.
¡Jamás!... ¡Oh Patria!... Cuando al aire lanza
Sus notas el clarín, y las banderas
Flotan briosas bajo el **Sol de Agosto**,
Y el río que cruzando las praderas
Va buscando el angosto
Cauce, que alguna peña le propicia...
¡Jamás!... Cuando acaricia
El cendal de los campos el pampero
Que trae desde la Pampa su saludo,
Y el salvaje guerrero,
Esgrima la ballesta y el escudo,
Jamás he de olvidar esas canciones;
Cantos grandiosos de mi amada tierra,
Crepúsculo de mustias tradiciones,
Alborada de amor; constelaciones
De ideas grandes que mi mente encierra.

VI

Alienta el aura flébil, el vibrante
Ritmo, que flota sobre la escarpada
Cumbre, tan sólo coronada
Por la fulguración de un astro errante:
Que sólo deja en el oscuro monte
La huella de un diamante,
Y rodando se cae al horizonte.

VII

Brote al calor de tu encendido pecho,
El engranaje del poder humano;
Funde tu espada en el crisol arcano,
Al desplegar el lema del Derecho.
Y del telar de tus pasadas glorias
Surjan del lecho las épicas historias,
Que proclamaron "**Libertad o Muerte**"
Frente a frente al opresor, que en vano,
Oprimida tan solo quiso verte.
Brote de las entrañas del pantano
La voz del porvenir; débil sonrisa,
Que como albor del día se divisa
En tu trémula frente; soñadora
Cual solitaria estrella que fulgura...
Como el naciente Sol que al campo dora...
Como la luz del día, que perdura...
Como el zorzal que en su prisión, no llora.

VIII

¡Sólo por ti!... ¡Oh Patria!... Está latiendo
El alma que encarnastes en mi vida.
(Y si es que al morir seguimos existiendo)
¡Jamás te olvidaré!... ¡Patria querida!...
... Olvida las quimeras del pasado;

Alza tu frente altiva, de la tierra;
Que en la cumbre de tu más oculta sierra
Junto al celaje **Azul, Blanco y Dorado,**
En la paz, surcará siempre un arado
Y un cañón tronará siempre en la guerra.

Víctor Fitz Patrick.

Montevideo.



A RODÓ

Lema: «El que me contradice me complementa».

Armonioso Maestro de la dulce pragmática;
Excelso hierofante, mágico apolonida,
Todo luz en la mente, todo amor en la vida:
Que Cibeles propicia con tu alma hierática,

La conduzca a Helicona; que los manes del Ática
Tutelen las primicias de tu alma elegida,
Y los Genios que velan en la senda escondida,
Guíen tu noble esencia tras la sombra enigmática.

Que la célica Dea cante el verso inspirado;
Y el pífano y el sistro y el salterio sagrado
    Eleven sus acordes en un psalmo augural.

Que las Gracias te acojan con materna dulzura;
Y que siempre haya myrto cabe tu sepultura,
Artífice armonioso de la euritmia inmortal!

Américo Aníbal Mariani.



EL SIGNO HIERÁTICO

> "Las sombras eran más densas y ya apenas veía la mano blanca y larga, mano de príncipe oriental, de Rodó, que con ademán enérgico y rotundo parecía un signo hierático". — *Juan Ignacio Gálvez.*

La larga mano blanca del pensador se agita
en las sombras que avanzan por la estancia espectral,
y parece, en lo obscuro, que su blancor imita
de los albos azahares la palidez astral.

Su ademán es rotundo y tiene una bendita
unción que le da un tono de imperio señorial
que enérgico se extiende y en el aire gravita
como el gesto solemne de un príncipe oriental.

Esa mano las hojas de mil puertas abrieron
a los sueños azules que su trama tejieron
en la suntuosa estancia donde gestóse Ariel.

Y al tenderse serena por la penumbra ambiente
parece una paloma que fuera, eternamente,
volando hacia la Gloria por palmas y laurel.

José Pedro Bastitta.



CREACIÓN SUBLIME

Y dijo el poeta:

De mi numen diera
rico tesoro que a las plantas de ella
como una ofrenda de mi vida fuera
con luz de sol y suavidad de estrella.
Diera del corazón todo el inmenso
amor que al alma juvenil exalta,
y quemara a sus pies todo el incienso
que al cielo augusto y a la tierra falta.
Ella, la eterna novia del poeta,
la creación sin rival de las creaciones,
la que lleva en su espíritu de inquieta
soñadora, un tesoro de ilusiones;
ella, la majestad de la poesía,

la encarnación de todo lo más bello,
la que en sus dulces ojos lleva un día
y una noche sin luz en el cabello;
ella, que guarda en su íntimo profundo
elixires de vida y de esperanza;
ella, que da al conquistador de un mundo
la fe que el hombre en su ambición no alcanza!
ella, que sufre todos los dolores
con la resignación insuperable
que la hace mártir de los sinsabores,
que la hace grande, noble y respetable!;
ella, que al Mundo da vida y dulzura,
que cuida del sufrir del desgraciado,
que cuando el cáliz del dolor apura
no tiene ni un reproche para el Hado;
ella, que vió nacer plantas y flores
y aspiró su fragancia deliciosa
y rindió culto a todos los amores
virgen en alma y cuerpo, pudorosa;
ella, que al forjador de su cariño
brinda el tesoro ideal de su ternura
como la santa devoción del niño
a la que el ser le dió con su ventura;
ella, la que en sus venas a raudales
siente correr la sangre del charruísmo,
la que nutrió a los seres inmortales
en la fuente inmortal del patriotismo;
ella, la eterna novia del poeta,
la mujer fuerte y santa y bendecida,
¡es la humilde expresión de la violeta
en el vasto escenario de la vida!...

Calló el poeta... y al tocar el fondo
del alma popular que lo escuchara,
se oyó un suspiro prolongado y hondo
como si el Mundo entero suspirara!

Antonio Vicente y Ferrés.



CANTO A LA FRATERNIDAD HISPANO-AMERICANA

I

En la aurora del mundo, que alborea
Al través de la sombra rencorosa,
Surge un rayo de luz, brota una idea,
Baja una blanca mano generosa
Como un lírico pétalo de rosa
Sobre un sangriento campo de pelea!

¡Es el nombre de América! Su acento,
En las alas del viento,
Es un labio que besa; es como un trino;
Como un pájaro azul del sentimiento
Que cantara en las zarzas del camino!...

¡Es el nombre de América! Parece
Todo un himno de fe, cuando se lanza
Al través de las púrpuras, llevando
La voz del corazón, que se estremece
Por escuchar al Orbe sollozando...
¡Y hacia el Dolor y la Miseria avanza,
Como un nuevo Evangelio, palpitando
Para el amor, la luz y la esperanza!

¡Es el nombre de América! De niño
Yo conocí esa voz, cuando la cuna,
En las largas veladas del cariño,
Se balanceaba al beso de la luna...
¡He escuchado esa voz en las entrañas
De sus grandes montañas,
Que se levantan hacia el infinito
Como heroicas canciones de granito!
Y la sentí en sus llanos
Tal a un recuerdo cálido de gloria
De veinte pueblos líricos y hermanos,
Como un batir de manos
Aplaudiendo a los héroes de su historia!
Y es esa misma voz de un continente
La que—en un homenaje reverente—
Escucha el mundo, al despuntar el día,
Grato acento que dice dulcemente:
¡España... madre mía!

II

¡Oye, España, ese grito! Es el acento
De aquel pájaro azul del sentimiento;
¡Es tu hija más bella
Que, en presagio del gran advenimiento,
Sobre el arco triunfal del firmamento,
Brilla cual alta y milagrosa estrella!
Esa es tu imagen fiel; eres tú misma,

Tu propio palpitar, tu luz ardiente,
Cual se retrata candorosamente
El astro soñador, que se ensimisma
Sobre la linfa quieta de una fuente!

Oye, España, ese grito!, y contemplando
La dulce imagen, quedarás soñando
Con tu propia grandeza
Cual la madre, que vive recordando,
Frente a la hija hermosa, su belleza!

¡Mira la faz de América! Parece
Otra gloriosa España, que te ofrece,
Tras la borrasca de la Independencia,
El homenaje pleno a tus virtudes,
Deslumbradora herencia
Que es savia y credo de sus multitudes
Y que, en una cruzada delirante,
Levanta, deslumbrante,
El arco iris de sus gratitudes
Como un puente de amor sobre el Atlante!

¡Alma de un continente
Que atrae la grandeza
De esa eterna corriente
De juventud, de gloria y de belleza!
¡América es así! Va en su alegría
La sonrisa del sol de Andalucía
Y del bello Madrid la veste blanca
Y alzando al porvenir la mano franca
O al defender su credo cual leona,
Tiene la claridad de Salamanca
O la fiera explosión de Barcelona!!

III

¡América es así! Lleva al mañana
Las bondades del alma castellana
Cual botón de un rosal, bello y fecundo
Por su naturaleza milagrosa,
Que al seguir el destino de la rosa
Se abre al azul, a perfumar al mundo!

Y la rosa está allí, sobre la altura
—Cuna del arte gótico y mudéjar—
Coronando su noble arquitectura
Con las ricas diademas inmortales
De sus regios alcázares
Y sus maravillosas catedrales.

¡Ella está allí! Nos ha legado el brillo
De esa misma corona
Que mereció el cincel o la paleta
De Rivera, Velázquez y Murillo;
De Montañez, Roldán y de Carmona!
¡Ella es la siempre lírica, la inquieta
Cigarra de la Europa, en el anhelo
De buscar—con el héroe de Lepanto—
Un astro de ilusión sobre su cielo,
Una empresa de amor para su canto
Y un pedazo de azul para su vuelo!

¡Cumbre del Cid y de Colón: tu gloria
Ya germinó en América. Es el mismo
Esplendoroso ejemplo de la Historia
Cuando la Roma del resurgimiento,
Reverdeció de Grecia el helenismo!...
¡Y es la América de hoy, el monumento
Que, alzándose en las playas del lirismo,
Le muestra al mundo tu Renacimiento!!

IV

Y hoy es día de América. Es el día
Consagrado a la ibera pleitesía,
¡Porque a nuestros varones
Les nutriste en tu amor, les diste Historia
Y en sus palpitaciones
Vibra la sangre azul de los leones
Que arrastraron los carros de tu gloria!

Gratitud te debemos, porque eres
La gracia que envolvió a nuestras mujeres;
Porque con celo maternal nos miran
Tus ojos deslumbrantes...
¡Y en el dulce lenguaje de Cervantes,
Sobre el suelo de América, suspiran
Diez millones de madres y de amantes!!

V

Y hoy, todo un Nuevo Mundo,
En los bajeles de un amor profundo,
Y orientada a tu costa cada quilla,
Al hacerse a la mar, sueltas las velas,
Devuelven a Colón y a tu Castilla
Los homenajes de sus carabelas!

Y al enfrentar la tierra castellana
Escucha el Orbe esta canción triunfal:
¡Salve, divino suelo, raza Hispana!
¡Salve, madre de América: la humana,
la eterna, la inmortal!!

Edgardo Ubaldo Genta.



AL SALTO

A mi hermana.

Ayer las alas jóvenes
con el brioso vigor del entusiasmo,
bebedoras de azul y de distancias,
potentes en mis brazos,
me arrancaron de ti,
pueblo del Salto,
palpitante de ensueño,
de la Belleza Ideal como un cruzado;
el corazón tan puro, tan sincero
con el rocío de lágrimas más blando.

Ignoraba mi rumbo;
se me iban los ojos por el ancho
panorama del mundo; se iba el alma
y hube de ponerle alas a mis brazos!
Soñé contigo en los silencios hondos;
cobrabas en la ausencia más encantos,
como una cosa que de ser tan nuestra
en el alma ha enraizado;
tenías el prestigio de aquel beso
primero que gustamos,
el olor de la simple madreselva,
de los jazmines blancos de tus patios.
Salto viejo y querido
de mis primeros años,
con tu quietud aldeana
y con tus cielos claros:
ahora que entras más en mi recuerdo,
como el mirar sagrado
de la madre se hunde en nuestra alma,
brota espontáneo el canto!
Viejas horas felices de la infancia,
dulces e ingenuos años
de las primeras letras...
Rubiecito esmirriado, con mi delantal largo,
me veo, con mis ojos azules,
y la ignorancia rústica en un pasmo...
... Los paseos, los domingos,
los domingos del pueblo, ¡tan callado!,
con la banda en la plaza,
bajo la sombra de los paraísos
cordiales por ancianos,
junto a la fuente con la reja antigua
y las brillantes piedras de tus campos.
Y "El Sauzal", "Las Aromas",
y aquel antiguo "Prado",
de eucaliptos azules,
donde íbamos los niños: dos, tres, cuatro...

con los trajes de fiesta,
cogidos de la mano...
¡Cosas humildes, añoranzas,
que va devorando el pasado!...
Y ya en la adolescencia
nuestros sueños,
el quijotesco anhelo, tan humano!
de arremeter gigantes y vestiglos
y transformar la tierra en Eldorado.
La savia juvenil!
Algo de heroico, de lírico y romántico.
Nuestras melenas, la "sans façon",
el tímido temblor del primer canto!...

Luego se ahondó el sentir.
Grave quiso el dolor dignificarnos;
más que amor y que dicha y alegría
fué ese dolor de indestructibles lazos
que hizo de ti más que un rincón cualquiera,
pues marcó en sangre y lágrimas mi paso,
y escuela, hogar e intimidad de nido:
te sentí dilatar en Patria, Salto!
Más que los sueños los amigos nobles
y el amor de los míos; tienes algo
que salió de mi alma emocionada:
mis padres duermen ese sueño largo
de la muerte en tu seno;
han encontrado
en esa dulce tierra
amoroso descanso!

Cuando el río Uruguay temple sus brisas,
cuando las golondrinas del verano,—
como antes llenen todo con sus píos;—
cuando nieven de azahares los naranjos
y haya algo de nupcial en el ambiente;
cuando baje el dulzor de plata y seda
en las noches de estío, de los temblantes astros...

sabe que hay un lamento de mi lira,
un ritmo de mi canto,
perfumando en ofrenda y en saudade
tu alma, viejo Salto.

De ayer las alas jóvenes,
de hoy el sereno y ya medido paso,
me dicen en promesa esperanzada:
¡Vamos!...
Yo pienso en la parábola:
¡Espacio! ¡Espacio! ¡Espacio!..
Y aunque surge una lágrima al recuerdo
pongo el dolor en mi canción y canto!

A. Montiel Ballesteros.



EL CONNUBIO DE LA RAZA

Soñó desde allá lejos
con la América pródiga...
Dejó la casa humilde, la aldea provinciana
y por pisar América sintió como ansias locas!...

Cantó junto al arado
que abrió tierras criollas...
Lloró con el recuerdo,
la madrecita buena que allá quedó tan sola!...
Y el extranjero humilde,
calzando recia bota,
desde que el Sol nacía

allá tras de las lomas,
hasta que las estrellas
brillaban en la sombra,
con el arado firme, abriendo tierra inculta,
¡clavó la reja honda!...

La Tierra, madre santa... La Tierra, madre buena
que todo lo tesora,
que todo lo agradece...
¡La Todopoderosa!
La tierra de esta América de entraña tan fecunda,
de entraña bienhechora,
besó con beso tibio la pálida simiente...
¡Y nueva vida brota!...

Botones de esmeralda la tierra negra engarza
como un joyel de diosa!...
El vientre de la madre, fecundo eternamente,
dió vidas promisoras!...

Crecieron los trigales
con vida prodigiosa...
Fueron los campos verdes cual palios de esmeralda
que en la llanura flotan,
perdiéndose en connubio
de un horizonte gualda al aletear las horas!...

El Sol, el astro magno que con sus rayos tibios
toda la tierra dora,
pintó de ámbar las mieses y fueron las espigas
como preciadas joyas!
La Luna cenicienta,
la maga de la sombra,
besaba los trigales con besos armiñados
en las espigas blondas!...

Movidas por las brisas
que suavemente flotan,
la plata de la Luna y el oro de los granos,
fué idilio de joyeles en una fiesta loca!...

*
* *

El sueño del Cruzado
que lo arrancó de Europa,
dejando allá en la aldea
la madrecita sola!...
El sueño del humilde
que se trepó a la barca y que lloró en la popa
por lo que allí dejaba
y que quedó tan sola!
El sueño del humilde
de la lejana zona
que atravesó los mares
como con ansias locas...
¡Cantaba en los trigales sus cantos a la Vida
con esplendor de notas!...
¡Cantaba en las espigas como penachos de oro
que el magno Sol decora!...
¡Cantaba en cada grano que el Sol hace de oro
con luces prodigiosas!...
¡Cantaba en cada grano, que era como luciérnaga
moviéndose en la sombra!...

*
* *

Hubo un batir de alas
de una sedeña alondra!...
Amor, persigue siempre...
Y Amor, donde hay un pecho, sus tibias alas posa!...
Cuando al volver del campo,
entrada ya la sombra,

hablando a los trigales, besando las espigas,
¡Sintió nostalgias hondas!...
Miró arriba los astros... ¡Vió tantos alumbrando!...
¡Sintió su vida sola!
Con lágrimas de hielo lloró como los niños
que sin consuelo lloran!...
Y Amor hizo en su pecho
sutil nido de alondras!...
Amor trajo otro sueño
que fué cual luz de aurora....
Y cuando la esmeralda radiante de los campos
brillaba prodigiosa
Y el Sol en ascuas de oro doraba los trigales
con luces bienhechoras...
¡Unió su alma de bueno
con la de una criolla!...
¡Un corazón de América
a un corazón de Europa!...

Fué fiesta en la campiña. Las flores en los prados
abrieron sus corolas...
Las aves entonaron sus dulces melodías
alegres y sonoras!...
El campo de los trigos
que el Sol con luz enfoca,
multiplicó los granos y fueron las espigas
como lucientes joyas!...
El campo de los sueños
de aquel cruzado humilde de la lejana Europa,
besó con besos tibios los labios de un anhelo
con sus cosechas pródigas!...

*
* *

Desde el surgir del día
con mágicas auroras,

cuando desde muy lejos
el Sol ve huir la sombra...
Desde que el Sol nacía
en la llanura ignota,
como besando amante
la tierra prodigiosa,
hasta que los mil astros
brillaban en la bóveda...
¡Soñaron las espigas
en sus doradas nupcias con almas de criollas!...
¡Crecieron los trigales
bajo el poder excelso de aquel brazo de Europa!...

*
* *

Y Amor trajo otros frutos
a nuestra tierra pródiga...
¡Amor fundió dos almas
en una vida sola!...
Y bajo el Sol de América,
como divina nota
de un himno de la raza
que nuestra tierra entona,
latió un corazón niño con música divina
como canción de Europa!....
Latió un corazón niño con sentimiento extraño
como canción criolla!...

. . . .

Soñó desde allá lejos
con la América pródiga...
Dejó la casa humilde, la aldea provinciana
y por pisar América sintió como ansias locas!...

. . . .

Cruzado de un ensueño
cuando lloró en la popa...

¡La madrecita buena
que se durmió tan sola!...
Soñando con el hijo, que en pos de la fortuna,
se fué hacia tierra ignota!...

El sueño del humilde
de la lejana Europa...
¡Cantaba en los trigales sus cantos a la Vida
con esplendor de notas!...
¡Cantaba en los ojazos como con luz de estrellas
de su mujer criolla!...
¡Vivía con el alma del hijo Americano
que amó con ansias locas!...

Orestes L. Lanza.

Salto.



LOS POETAS SALTEÑOS

La vida se repite como un lugar común, el Salto sentimental viene de lejos por el camino eterno. Primero la musa gaucha, después el folk-lore popular, luego el mal del siglo y al fin la modernidad, como un milagro, que nace para que América unánime conquiste a España decadente. En las brumas primeras nuestros poetas son como las verbenas que decoran las colinas verdes de la ciudad. Del amor y el dolor brotan sus trovas, que tienen el encanto ingenuo de la calandria, del arroyo, del cielo, del sol. En seguida surge el afán de ultrapasar el río y los campos,—y allá van, anónimos, humildes cantores de la tierra,—a sembrar su simiente y cosechar su trigo. El único que queda es el poeta colectivo y sin nombre: el pueblo. Y mientras las piedras bárbaras de la cascada, o el árbol secular de los caminos, guardan el nombre y la copla del cancionero, aromados de panteísmo oxigenador, revistemos la lírica legión de nuestros portaliras, como en una teoría griega pasaran en desfile los tocadores de la flauta pánica.

*

En 1880 florece en la ciudad del Salto, el primer poeta salteño. Todos los anteriores son aves de paso, cuando no periodistas peninsulares de un españolismo desteñido o enfático. Es una tardía, pero buena floración, que lleva largo tiempo esperada en la imaginación popular, anhelosa de nativos cantos. Sin embargo, el joven poeta, que se llama Melitón Alfonso,—y que después abre la marcha de los aedas locales en el desfile inmortal que cruza la vida de este pueblo,—siente la inquietud de partir no sabe adónde, y se va por los caminos a encontrar el porvenir. Alfonso estudia un poco en Montevideo y la actualidad política del momento le exalta como a un nuevo Juan Carlos Gómez. En seguida se exila en Buenos Aires, apasionado de un civismo joven y febril, que pone en su lira de hierro la borrasca del corazón enardecido. Al transponer el río atlántico canta la tristeza rebelde de su espíritu frente a la juventud de Panurgo que en su patria se humilla a la tiranía de Santos. Hay un amargor revolucionario en sus estrofas que renuevan otra vez los versos esperanzados de Juan Carlos Gómez, "al partir", hacia el destierro. Víctor Arreguine recogió para su antología esta composición de rebelado patriotismo. En 1884, se organizan en Buenos Aires, por la iniciativa del Centro Gallego, unos célebres juegos florales cuyo jurado preside nada menos que el doctor Hipólito Irigoyen, entonces Ministro del Interior en el Gobierno Argentino. Melitón Alfonso obtiene el primer premio con dos sonetos rotulados "A la patria", que apostrofan violentamente a Santos y que provocan una reclamación diplomática en la República Oriental. El conflicto internacional se soluciona; pero Alfonso, cuyo numen crece hasta su muerte, comienza allí la tragedia sin término del andar errante y perseguido. Los diarios montevideanos de la época le llamaron "traidor a la Patria" mientras la juventud literaria de Buenos Aires le consideraba "el divino Alfonso". En 1885, publicó su libro "Yambos". Poco antes de morir, cuando ya corregía las páginas de un nuevo volumen que titulaba "Trenos", estallaba en su patria la an-

siada revolución civil, a la que Alfonso impulsó con el soplo lírico de su idealismo.

Este soneto es uno de los premiados en el certamen porteño, y vale, en verdad, recordarlo:

¡Musa de Juvenal! Pon en mi mano
El hierro de la sátira candente,
Para que pueda en mi dolor ardiente
Enrojecer la espada del tirano.

De tu voz el acento soberano
Calle en mi corazón, hierva en mi mente,
Y conmueva en su crápula insolente
Al infame Tiberio Americano.

Y sea mi verso, al par que el formidable
Grito de indignación que llame a juicio
A la infeliz generación presente,

El rayo de la cólera implacable
Que fulmine entre el duelo y el desquicio
Del gaucho espúreo la cobarde frente!

•

Tras la evocación de aquel joven soñador con alma de "condottiero", surge Diego M. Martínez, con la suavidad de pana y la delicadeza emocional de sus versos que rompen ya el antiguo itinerario clásico y abren románticos ensueños desconocidos.

Es el poeta de la guitarra, sensitivo como una flor, dueño de una noble dignidad que inviste su manera y resplandece en su obra. Se doctoró sin esfuerzo y labora todavía en la paz de su estudio, donde aletean en las claras mañanas las dulces abejas del recuerdo lírico. Perteneció al grupo ateneida de 1895, junto con Manuel Bernárdez y Eduardo Forteza. Su labor no es amplia, pero es limpia,—y al través

del tiempo,—ya se ve si es honesta y bella,—le sirve aún de levantada ejecutoria.

Con César Miranda, yo también creo que las antologías salteñas no podrán olvidar mañana esta melodiosa trova, que muchos años más acá viene a hermanarse con los versos heinianos de Walter Schud:

La Guitarra

Cuando a solas absorto te miro
Sollozar reclinada en mi pecho,
Cual si fueras sensible y humana
Me afligen tus ayes, me abruma tu duelo.
Más si luego festiva te muestras
En gentil trovador me convierto
Y arrimado a tu reja de plata
Le canto a la ninfa que ríe en tu seno.

Porque sólo a tus dulces hermanas
Les consientes que te hagan cortejo,
De tu voz las orquestas se burlan,
Celosas desdeñan tus débiles ecos.
Ellas fingen raudales de notas,
Tú sollozos, suspiros y besos;
Ellas trazan con tinta su pauta,
La tuya temblando la bordan los dedos.

Del amor tú conoces el himno
Que a la novia despierta en su lecho;
Los cantares que animan la danza;
La copla plebeya sin nombre y sin dueño.
Y si ves que la patria peligra,
Evocando el glorioso entrevero
Rumorosos y graves resuenan
Clarines y cajas, quejidos y rezos.

Errabunda y mudable y extraña
Así gimes en sitios desiertos
Como cruzas por plazas y calles
Ganosa de fiestas, mimada del pueblo.
Entre harapos y llena de lacras
Cuántas veces con pena te veo
De portal en portal ir narrando
Sentidas leyendas con lúgubre acento.

Del salón en el cálido ambiente
Languidecen tus cantos serenos,
Los tapices y alfombras te asfixian
Tus nervios los corta sutil escalpelo.
Hay que oirte a la luz de los astros
Cuando todo reposa en silencio;
Con el alma rendida a tu hechizo,
Cerrados los ojos... soñando despierto.

Es entonces que pálidas surgen,
—¡Melancólico amor del recuerdo!—
Las queridas imágenes santas
De dichas pasadas, de seres que fueron.
Cual bandada de blancas palomas
En tus hilos se posan sin miedo
Mientras dejas las auras dormidas
Que trémulos floten tus blandos lamentos.

¡Misterioso joyel de harmonías!
¡Leve cuna de nácar y cedro
Do las cuitas del triste se aduermen!
¡Mi góndola bruna, cargada de ensueños!
Si en mis brazos amante te oprimo
Y en el mástil la frente recuesto,
Me parece que tú tienes vida...
—¡Quisiera besarte, divino instrumento!

Eduardo Forteza encarna una época y mantiene una tradición. Su voz es siempre clara y rotunda, pero siempre clásica y objetiva. Lo mismo en la senda primaveral que en el camino de otoño, su canción elige los temas universales del siglo de oro. Colaboró en la obra del Ateneo y de la Revista del Salto,—para perderse luego en el tumulto de la cosmópolis argentina,—donde vive desde 1897, apenas salpicando alguna que otra revista de letras, con las camelias rojas de su huerta. Merece destacarse entre el desorden de este ensayo los versos harmoniosos que en octubre de 1898 Eduardo Forteza dedicó al Salto. No tienen nada que deslumbre, pero comportan sinceridad y corrección evocando en su retorcida técnica el método español de aquellas décadas.

A la ciudad del Salto

Del Uruguay ante el azul espejo
Voluptuosa princesa reclinada,
Envuelta en chal de rojas margaritas
Y con flores de ceibo por guirnalda.

Vuelca el sol a sus plantas todo el oro,
Primavera, sus flores y fragancias,
Le dan las viñas la pasión y el fuego,
Su espíritu impetuoso, la cascada!...

Ciudad hermosa, cuna de mis sueños,
Siempre por azahares incensada,
Ciudad bella del vino y los amores,
Con qué amor te recuerdo a la distancia!

Del Uruguay al borde, entre colinas,
El mismo Dios un día te asentara;
Dos arroyos te ciñen temblorosos
Con ceibos y con sauces de esmeralda.

Cual fulgor de lampiro entre tinieblas,
Siento a veces en medio a mi nostalgia
Una ráfaga tenue de azahares
Y un rumor indeciso de cascada.

Y entonces se levantan en mi espíritu
Un enjambre de dulces remembranzas,
Mis ensueños de niño, mis visiones,
El hogar do naciera a la esperanza.

Mis primeros dolores, agrandados
Por mi alma entonces crédula y romántica,
Mis primeros vagidos a la gloria
Pidiéndoles sus lauros y sus palmas!...

Jardín de rosas, bosques de naranjos,
Do el sueño duermen que jamás se acaba,
Seres que al darnos el adiós postrero
Enlutaron por siempre nuestras almas!

Bello edén donde moran los amigos
Compañeros de juegos en la infancia
Y que fueron también los compañeros
En esa edad en que al ideal se canta!

Ciudad incomparable, en que semeja
El bullir de la próxima cascada,
Redoble de tambor que nos ordena,
No cejar de la vida en la batalla!

Ciudad bendita, cuna de mis sueños,
Siempre por azahares incensada,
Ciudad bella del vino y los amores,
Con qué amor te recuerdo a la distancia!...

*

Y viene ahora, Manuel Bernárdez, el visionario poeta del terruño, que embocó la bocina épica y casi llega a "victorhuguear" en el cielo sonoro de la República. Trae un esfuerzo propio que le alza, a pesar de las influencias convergentes de Espronceda y Bécquer y Dios Peza y Magariños Cervantes,—el último de los cuales llega a corregir muchas de las estrofas de su "Claros de luna". Bernárdez se hace poeta popular que domina el auditorio y le mueve a capricho con el amplio vuelo de sus estrofas. El mismo lo dice: "mi lira está templada para los grandes cantos". En 1886 publica "Claros de luna", que la crítica deshace sin piedad. Canta a Napoleón, no sin grandeza. El prosaísmo de algunos renglones se olvida con la luz de ciertos resplandores. En 1888, rubricado en los días 18 y 19 de marzo, publica "Confidencias", para una joven amiga. La idea y la forma son viejas. El poeta triste que le canta a la amiga su tristeza y le quita a la vida su antifaz. Como los clásicos románticos se arrepiente al final y elogia la belleza de la niña con ciertas estrofas fáciles que no son tan vulgares como las demás. Así ésta:

"Tu risa imita un resbalar de perlas
cayendo en vaso de sonora plata:
abres los ojos y la noche viene,
cierras los ojos y la noche pasa.

Dios te formó para llamarte virgen
y sufrió error al señalarte patria;
con cuyo error, que tu inocencia ignora,
los cielos pierden y los hombres ganan."

En 1890 publica Manuel Bernárdez aquel librito de "Ave María" que es un canto en prosa, rimada casi, como los bíblicos parágrafos del poeta hebreo. "¡Mujer que andas en mis sueños! Déjame que te llame Primavera. En tu voz canta una alondra y en tu pecho llevas un corazón florecido. Mujer, milagro de la carne, de ojos nocturnos y alma

matutina,—que tu dueño tenga el corazón sereno, el brazo firme, la inteligencia audaz y voladora, para ser digno de besar tu frente cuando pase el amor batiendo el ala y se abran como flores de la noche, en el jardín del cielo, las estrellas!...''

Después canta la muerte de Artigas, el himno a Joaquín Suárez, y aquella triunfante ''Marcha de los Héroes'' que recitó emocionado la noche inaugural del Ateneo, el 19 de Abril de 1895. De estos versos bruñidos dijo ''La Prensa'' al día siguiente: ''La marcha de los Héroes'' tiene el nervio de la oda heroica, el sabor clásico, el ardor patriótico, el reflejo de nuestros campos: parece legendario eco de nuestras viejas luchas. Los versos en que describe a Rivera ostentan tal viveza de colorido que seduce y arrebata: es un fragmento digno del cincel y del bronce.''

Bernárdez comienza preguntando, inquietándose, avizorando, como quien se pusiera en puntillas de pie, y, la mano sobre los ojos para mirar lejos, se moviera de un lado a otro.

En realidad, el poeta no hace más que ir subiendo para tomar vuelo, según los cánones clásicos del canto épico. Repite el gesto grandilocuente de Zorrilla de San Martín con su ''Leyenda'' coruscante: evoca a Olmedo tropical deshecho en ondas de harmonía que se levantan con ímpetu marino: parece Olegario Andrade que va a decir un nuevo ''Prometeo''.

Y mientras el chajá de ala poderosa anuncia el alba clara que ''en el campo inmortal de la Florida besó a la libertad sobre la frente'',—Bernárdez hace pasar sus visiones trajeadas con el áureo ropaje de sus rimas:

Y vienen con el Sol:—con él marchando
Por la pampa sin fin del infinito
Entre acordes triunfales
Y como soles del valor brillando

Las bisoñas falanges orientales
Que en San José y Las Piedras batallando,
De Asencio el noble grito
Consagraron: los héroes del Cerrito:
De Corumbé, la inolvidable rota:
De Sarandí, la clásica jornada
De la fortuna y del valor patriota;
Y siguen los vencidos de India Muerta
Con su bandera de crespón cubierta
Mientras el aire azota,
Resonando con ecos de revancha
Sobre filas de bravos,
La diana de Guayabos,—
Aquella misma que cantó en Cagancha,
Y con la vieja tricolor sin mancha
Desflocándose al viento,
Caminan en gallardo regimiento
Los gauchos del Rincón,—y aquellos otros
De Ituzaingó!—centauros,
Que arrebataban en montón los lauros
Al ardiente galope de sus potros!

Cuando la ronda fantástica llena de majestad el paisaje, y el sol va a cruzar el meridiano, desfilan los héroes auténticos,—Artigas el primero, el visionario,—Lavalleja el segundo, el de la leyenda,—Rivera el tercero, aquel de quien dice en su arrebato:

El brazo más pujante era su brazo:
El pecho más altivo, era su pecho;
La suerte de la patria era su suerte;
El día de la acción su mejor día;
—Los paisanos juraban que tenía
Como Artigas, un pacto con la muerte!
Hasta un símbolo era
El nombre de Rivera,—

La ribera de un mar de patriotismo
Con espumas de gloria
Y cálidas corrientes de heroísmo
Que arrastraban arenas de victoria!
De victorias ganadas sin escudo,
Pecho a pecho, coraje con coraje,
Con las cargas del gaucho melenudo,
Sobre los lomos del bagual salvaje!

Con todos los defectos de la edad, nuestro poeta tirteico detiene al sol en su carrera como los vulgares Esproncedas y exalta el tórax henchido de la estrofa como los Ercillas broncos....

Del 96 al 97 dirige en Montevideo "La Cruzada", y el hervor épico del poeta se serena luego en la prosa elegante y maleable de sus crónicas.

De Manuel Bernárdez,—después "mago del estilo" en la prosa abrillantada de sus libros,—arranca la corriente renovadora del 900. Es un nexo puesto entre las dos poéticas, como un mensajero alado que entrega la antorcha sagrada a los que vienen rumbo de nuevas Cólquidas,—tal como en las carreras griegas los corredores alcanzaban la antorcha simbólica que no podían llevar más.

Viene entonces, "La Revista del Salto" y el "Consistorio del Gay Saber"...

*

El Consistorio del Gay Saber... Una risueña mistificación de juventud bohemia y loca. es el "Consistorio del Gay Saber", alegre cuarto de estudiantes salteños, que un día vivieron juntos en Montevideo, embelleciendo la vida con mil locuras ingenuas y estrepitosas. Era en 1900. Horacio Quiroga y Julio J. Jaureche vivían en un departamento del segundo piso, calle 25 de Mayo N.° 118, en la "ciudad vieja" de Montevideo. Allí cerca, tenía también su cuarto de

estudiante de medicina, Alberto Brignole, otro salteño amigo y loco como ellos. La vecindad acrecentó la vida en común, atraída ya por las vinculaciones del bachillerato lírico en el legendario Instituto Politécnico. Jaureche trajo un día a las amigables reuniones literarias que olvidaban la pesadilla de estudiar, a un primo suyo, Federico Ferrando, salteño asimismo y asimismo lírico y loco. El fué quien llamó a las reuniones "Consistorio" y luego agregó "del Gay Saber". Risas, escándalo de juventud, sueños, noches alegres, la vida tomada en broma, la literatura disfrazada con cascabeles y empolvada de harina... Todo iba en son de bohemia encrespada y desconcertante. Las noches se alargaban hasta las cuatro de la mañana, envueltas en el velo de imposibles discusiones filosóficas o arropadas en el rimar loco de versos improvisados, que así como venían, se decían y se escribían. Nadie tomó nunca en serio ni la vida literaria que se hacía, ni la vida real que pasaba. Broma loca, carcajada viva, escándalo de cohetes líricos desparramando sobre aquellas cabezas jóvenes sus ráfagas de luces multicolores: ese es el Consistorio del Gay Saber, que la gente ha creído una religiosa y "serieuse" capilla literaria calcada a las contemporáneas capillas decadentistas de Francia. Se hablaba en verso, se escribía en verso, se estudiaba en verso: la casa era una pajarera soleada llena de versos como una jaula alocada llena de trinos. El optimismo matinal persistía en la tarde y se prolongaba en la noche, toda salpicada de cantos exaltados como de estrellas fúlgidas. La alegría carnavalesca del Consistorio se difundió por la ciudad, que tuvo una mirada de simpatía hacia aquellas explosiones de juvenil encanto. Los amigos y los curiosos asomaron sus personas por las veladas del Consistorio, que adquirió repentinamente proporciones inesperadas. Alberto Brignole, Horacio Quiroga y Federico Ferrando eran los tres bramines locos de aquella casa asombrada de extravagancias y de canciones... Julio J. Jaureche interrumpía muchas noches su sueño con la algarabía de los poetas, y rezongando en francés de corte olím-

pico, terminaba por cebar mate para todos y esperar el amanecer anunciado en los clarines de los gallos, las voces de las campanas y el cornetín de los tranvías... Asdrúbal E. Delgado y José María Fernández Saldaña, que a la sazón estudiaban derecho, comenzaron a allegarse al Consistorio, una vez y otra vez. También llegaron con frecuencia Julio Herrera y Reissig, Eduardo dè las Muñecas y Vicente Puig. Así pasó el año en medio de la cosecha lírica más extraordinaria que puede imaginarse, picoteada aquí y allá por notables cosas que resultaron geniales a pesar del dislocamiento y la excentricidad. Una noche célebre,—el sábado 13 de Octubre,—"los tres bramines locos" como ellos mismos se llamaron en un cuento de quince líneas que compuso Brignole, armaron unos juegos florales en los que ellos fueron partes, jueces y público. El asunto era forzado y perentorio: a quien componía el mejor romance castellano, del corte provenzal de las antiguas trovas. Asombra la facilidad, la perfección, el mérito de aquellas composiciones hechas en una racha desmelenada de buen humor, como las de toda la época. Quiroga ganó el premio y sus compañeros le dieron la flor natural,—de cartón coloreado,—concorde con la broma y la locura. Otra vez celebraron un nuevo torneo, en prosa, y Quiroga fué también el premiado; Brignole y Ferrando no podían ser más amigos ni más generosos, bien se ve, ya que el caso no se repite jamás en la historia de todas las tertulias literarias, realizadas siempre sobre subsuelos movedizos de egoísmo. Conozco las composiciones de esos juegos florales y puedo decir que la premiada no se distancia mucho de las otras dos, lo que levanta el corazón sano y generoso de aquel grupo incapaz de retacear méritos, aunque fuera bromeando, por no proclamar siempre al mismo vencedor. Allí fué también donde Quiroga, que se llamaba Aquilino Delagoa, se intoxicó con haschís y Alberto Brignole hizo las curiosas anotaciones de la intoxicación que figuran en el famoso cuento de "El crimen del otro". Y allí también sucedieron mil aventuras risueñas, que no pasaron nunca de una cómica infantilidad.

a pesar de que provocaran el grito de las ocas que saludó la renovación literaria de Rubén Darío.

En 1901, el Consistorio del Gay Saber ocupaba una pieza de los altos de la casa N.° 113 en la calle Cerrito, y el ruidoso escándalo poético continuaba estallando como una ardiente y desconcertada sinfonía mayor. Bochinches en ese cuarto los hubo terribles. Con una corneta de cuartel que trajo Ferrando se atronaba al vecindario hasta la madrugada. Cuenta Fernández Saldaña en su "Historia política del Consistorio" que allí ocurrieron las más extrañas aventuras... El poeta de la Torre de los Panoramas, que hacía literatura trascendental, visitó muchas veces el cuarto bohemio de los salteños. Ellos fueron también alguna vez a revolucionarle la Torre, con la algazara matutina de una bandada de pájaros bullangueros. Una tarde cayó al fantástico Consistorio, llevado por Quiroga y Brignole, nada menos que Leopoldo Lugones, transeunte de Montevideo y hermano de Darío en la pascua triunfante del modernismo. El recibimiento fué admirativo y cordial, tal como cabía, a quien era y es, ilustre señor de las letras americanas, en buena hora llegado y por dicha gloriosa todavía con nosotros.

Después terminaron su carrera unos, se dispersaron otros, y concluyó la broma del Consistorio, que Montero Bustamante confunde en su prólogo al "Parnaso Oriental" como la obra de una secta simbolista que quiso implantar en el Uruguay una capilla-escuela de decadentismo francés.

No pasó jamás por aquellas radiantes cabezas juveniles el menor asomo de seriedad, de trascendentalismo. Jugaron como niños con líricos cometas de colores y adornaron su vida con la fragancia perdurable de una riente juventud de excepción, ajena al mal y al vicio, revuelta de alegría y de optimismo. Con versos, con risas, con ensueños, festejaron la vida levantando sin quererlo y sin saberlo, perfumadas antorchas líricas, que se derramaron sobre ellos y a su paso, como el polvo de oro que van volcando los astros en la noche...

La poesía nacional adeuda a aquel fogoso grupo juvenil

del Salto, el ciclo más brillante de una época, y quizás, de muchas épocas, puesto que todavía estamos para ver el renacimiento poético que pueda alzarse frente al movimiento iniciado en 1900 con el Consistorio del Gay Saber. Hacen más de diez años que estamos en la transición de quien espera lo que vendrá, y la poesía nacional, detenida luego de deshecho el nido del Consistorio, apenas si ha visto florecer dispersos rosales sin vigor.

Entre tanta locura heterodoxa, sin espíritu preconcebido de hacerse inmortales, ellos erigieron un parnaso exaltado de belleza que es en la historia literaria del Uruguay la realidad concreta de una inquietud argonáutica. Analicemos unas cuantas de aquellas producciones,—nada más que las que nuestra investigación pudo conseguir publicadas en libros olvidados o en raras revistas—y establezcamos la victoria doblemente salteña de los consistoriales del Gay Saber.

Federico Ferrando tiene que ser el primero, porque tenía mucho talento, porque está muerto y porque fué muy original siendo muy hondo. La llama de su juventud ardió retorcida por la disidencia espiritual con el medio, y su ánima lograba florecer los cálices primeros, cuando la fatalidad puso repentinamente la mano invisible que corre la cortina. Raro, optimista, fuerte, nada dejó definitivo, ya lo decimos, pero abrió una segura promesa que malogró el destino. Cabalgando en el tiempo puede esperarse todavía el regreso de su espíritu pronto a florecer, que viene con distinto nombre, a abrir las rosas nuevas del antiguo rosal...

Entre todas las cosas sueltas de aquella primavera desconcertante, recuérdase el famoso soneto "La Tarántula", que Horacio Quiroga atribuyó a Numa Pompilio Llona. Bien merece leerse, por otra parte, esa "locura célebre" que nadie entendió y que Ferrando publicó en el "Almanaque Artístico del Siglo XX", con el rótulo de "Encuentro con el marinero" y la fecha del 18 de Setiembre de 1901. Se trata,—y esto lo digo en su elogio,—del mayor escándalo artístico presentado en el país.

Encuentro con el marinero

La esbeltez de los barcos que están casi en el aire.

EL MISMO.

—"Marinero célebre, que lo serás un día,
¿Por qué sobre el muelle envuelves tu ropa?
¿Es que vas para Europa
O tomarás el vapor que lleva a Alejandría?
Aún no sabes el punto, eso se adivina
En tus ojos celestes, que casi están obscuros.
Hay en ellos un llanto.
¿Por qué ocultas tu llanto, marinero de alma divina?
Tu traje es bien limpio y en el paño se ve
Un color que parece el color del café.
¿Acaso fué tejido en la Arabia feliz?
—Oh, sabio marinero, que en la nación del anís
Estuviste una noche,
Y diez meses escasos en el país del té!
Tu reloj es redondo como un objeto hermoso
Que estuviera en la cámara del Capitán Inglés;
¿Por qué, pues, marinero, no saltas de alborozo
Con un reloj que tiene el tamaño de una nuez?
¿Es que no estás contento con esa faja roja
Que tu cintura ciñe y que fué comprada
En un país absurdo, del cual no te recuerdas nada?
¿O es que ya está floja
Y la llevas solamente por andar de parada?
Marinero incomprensible, tú que fuiste contento,
Y que al barlovento,
Y que al sotavento
Cantabas una canción en menos de un momento;
Tú que en Madagascar tenías en una choza
A una mujer que era, a más de buena, hermosa,
Y con ella reías, cuando la luna negra
Dejaba obscuro el bosque, la plena mar y el puerto.

Y en verdad parecía que Dios había muerto;
Di, inmóvil marinero,
¿Es que ya tu brazo no corre ligero?
Tú, que en medio de pestes, cuando el buque partía
Y los leprosos daban muchos gritos en la costa,
Tenías tantos accesos de alegría,
Que el capitán estaba inquieto por el honor del barco;
Tú, que comes de noche, siendo frugal y parco,
En la cubierta obscura del bergantín que se va,
¿Acaso estás llorando porque no tocaste en Judá?
¿Por qué lloras, marinero tan perfecto
Y produces en mí tan lastimoso efecto?''
Y el marinero, que tenía las manos
Blancas, como el cabello tienen los hombres canos,
Calmó su llanto, que estaba casi escaso
Y me contó de esta manera el caso.
(Mientras tanto era el lazo
De su corbata azul, visible ante mis ojos,
Y atrayente por su ancho y por su largo
En que los ruines y bárbaros chinescos
Dibujaron, a más de raros antojos,
Tres barcos que partían, con cargamentos frescos).
Y dijo el marinero, y movía su pie,
Y me decía vos en el lugar de usté.
—''Yo he visto los ciclones y he visto las tormentas
Que empiezan de mañana y siguen al otro día;
Y he visto un sol extraño, con una marcha lenta
Remontarse en el aire, muy cerca de Turquía.
He visto un barco viejo navegar velozmente
Admirando al capitán y a toda la demás gente.
He visto un obispo inglés tomar pasaje a bordo,
Y estuve en un país donde el rey era sordo.
Yo tuve una semana que velar sin dormir
A un maltés prisionero que pretendía huir.
Y en las noches obscuras y en las noches de luna
Estaba sobre el puente con mi capa aceituna,
Contento como un hombre que tiene un padre bueno,
Y tiene una madre buena y tiene un hermano bueno.

Pero un día fué en mí el cariño de amor
Que ha dejado en mi alma el cariño de dolor,
Y la mujer que engañó al pobre marinero
Partió un día del mes al cual dicen Enero
En un barco que estaba sucio y con mala gente
Y me dejó, señor, triste, infeliz y pálido
Como están las personas de los países cálidos."
Y el marinero hermoso tornaba a llorar,
Como un niño a quien su madre deseara castigar.
—"¿Por qué, le dije, no tornáis al vapor
Donde evidentemente estaréis mucho mejor?"
Y él lloraba de nuevo, tan desoladamente
Que parecía un niño a quien le arrancan un diente.
—"¡Ay! señor, es que yo, para agradar a la mujer,
Que me engañó después, y esto parece ayer,
Le traía del buque los hermosos objetos
Con que el buen capitán miraba las estrellas,
Y la mujer se fué, y entre sus amuletos,
Los objetos llevóse, como siempre hacen ellas.
¿Y cómo queréis, pues, que yo los reclamara,
Si yo soy delicado y tengo linda cara?"
Entonces yo, empeñado en solucionar
Aquella pena del marinero singular,
Me fuí con él, que estaba con un semblante apático,
A la casa vistosa de un mercader asiático
Que tiene la sabiduría de un hombre numismático.
Compré un gran catalejo,
De los que hacen ver bien al más desdichado viejo,
Y el marinero cogiólo, y miró en el cristal
Diciendo que no había visto anteojo tan cabal:
Y mirando en el aire, que no tenía nada,
Saltaba como un chico, y apuntó hacia la rada,
Y añadía, riendo y mostrando los dientes:
—"¡Oh, qué anteojo evidente, oh, qué anteojo evidente!"
Y el bigote de seda se tiraba el buen hombre
Y de tan conmovido no podía hablar más.
Y yo le pregunté cuál sería su nombre
Y me dijo su nombre, que no recuerdo más.

Horacio Quiroga,—ahora prosista de nombre y de garra en la literatura continental,—fué en aquellos días de los sagrados furores juveniles, el segundo bramín loco del cuento... Quiroga inició su vida intelectual en la paz provinciana del solar, con la serie de tropelías audaces y artísticas que inflamaron la "Revista del Salto". Aquel "semanario de literatura y ciencias sociales" repartía todos los lunes a las tranquilas gentes de 1899, una ración novedosa de vibrantes páginas, que el grupo universitario amontonaba semana tras semana, con el hervor del pensamiento que empezaba "a deslumbrarlos como una gloria entrevista". Quiroga fué el director de la publicación y dejó en ella los trazos fuertes de sus aletazos primigenios. Aliado de las causas nuevas que traían el modernismo literario, venciendo la bruma tenaz de los tiempos,—modernista él mismo por instinto, por cultura, por rebeldía,—hizo en el Salto, alejado y casi solo, una intuitiva campaña renovadora, que llegó a los límites del barroquismo, encarnando el anhelo de novedad más agudo de la literatura nacional de entonces. En las últimas palabras de la despedida de la "Revista del Salto", Quiroga explicaba su aguijoneado pegaso diciendo que "simbolismo, colorismo, modernismo, no eran más que estados de alma con exactitud representados, —usando para el caso frases claras, obscuras, complejas, sencillas, extrañas, según la gradación emotiva del momento." Es curioso saber cómo le dió por escribir versos a aquel espíritu destinado a la originalidad de una prosa personal y fuerte. Estudiaba entonces en el Salto su último año de bachillerato Alberto Brignole, que conocimos entre los fundadores del Gay Saber y que se señala como uno de los más enardecidos colaboradores de la "Revista del Salto". Quiroga y Brignole sentían entre sí la aversión de los estudiantes del mismo año, que se miran de reojo y arden de una comezón inexplicable. Cada uno por su vereda, hubieran seguido hasta el fin, si un amigo común no hiciera de intercesor y de vínculo. Quiroga era materialista y Brignole espiritualista. Ese fué el motivo amigo para

relacionarlos, poniéndolos frente a frente, en una discusión que resultó interminable de días y meses y años. Los corazones se atrajeron con la fuerza centrípeta de sus entusiasmos filosofantes, y la vinculación estrechóse inseparable como la sombra que va con la luz. En la vieja casa salteña de Quiroga hicieron largas tardes de discusión acalorada, como dos jóvenes púgiles que se ensayan en la lucha. Luego, un día, Brignole sometió a su amigo unos versos frescos de recién hechos. Cuenta Quiroga con la sencillez y la sinceridad de su espíritu, que sintió una llamarada de envidia y se dispuso a competir con su amigo en el manejo de las palabras rítmicas. De ahí los versos con que sorprendió al otro día a los contertulios de su casa, y de ahí la racha lírica de dos años, caracterizada por una misma voluntad de repudiar lo anterior y traspasar, unidos en Darío y en Lugones, el horizonte azul de la ciudad natal. Nada más que de aquellas dos épocas, son así los versos de Horacio Quiroga, que se cerraron apenas "Los arrecifes de coral", editados en 1901, levantaron el griterío de la opinión.

Seleccionando algunas cosas de la "Revista del Salto" y eligiendo otras del remolino del Consistorio, Quiroga se presentó al mundo de las letras uruguayas encauzando una extrema izquierda virilmente lanzada hacia la renovación. Su mentalidad original se despreocupó de las circunstancias ambientes y dió el paso salvador de la poética nacional, simultáneamente acompañado por la legión gentil de los nuevos, que se aventuraron exaltados y tremantes. Con las cuerdas espirituales de su lira sutilizadas de arte, "Los arrecifes de coral" enlazaron un orientalismo fastuoso y loco con el flamante "dernier cri" de la modernidad. Es cierto que Quiroga quitó en seguida las alas a su pegaso revolucionario y enfrenó la cuadriga resonante de sus prosas que hace tiempo están consagradas en América. Pero si esto reduce la extensión de la labor poética, no desmerece en nada el valor real de las rimas inquietas de "Los arrecifes", y sí, comprueba aquello otro del por qué hizo

sus primeros versos,—que levantaron dentro de sí la harmonía desconocida y pasajera del estímulo amigo.

Sin embargo, Herrera y Reíssig,—que pulsó en los tiempos jubilosos del Consistorio los diversos moldes del estilo nuevo, y que tenía talento para hacerlo con el éxito que celebra la crítica,—se decidió al barroquismo de su lírica, inspirada formalmente, y de eso no hay duda—a pesar de Rufino Blanco Fombona,—por los arquetipos de Lugones y de Quiroga. Lugones halló una nueva forja melódica para sus sonetos perfumados de Samain, que Horacio Quiroga, tanto como sus compañeros de bohemia, entusiasmados hasta el frenesí por los vasos líricos del poeta nuevo,—"caído de Córdoba como un aereolito" en el decir de Julio Piquet, —imitaron algunas veces. Herrera y Reissig imitó en definitiva, cosechó las influencias del grupo, y lo que la alegre muchachada salteña del Consistorio del Gay Saber "hizo para su divertimiento", el poeta de la Torre de los Panoramas libó para sus musas, hoy coronadas de laureles rosas.

Léanse sino estos sonetos de Quiroga que pertenecen a "Los arrecifes de coral" y que, en realidad, además de ser exquisitos, son genealógicamente anteriores a "Los peregrinos de piedra", de Herrera y Reissig:

Con futil elegancia...

El agrio cascabel de la locura
martiriza cerebros que son limbos...
LUGONES.

Una voz seductora
que parece de mujer.
FEDERICO FERRANDO.

Con fútil elegancia de modelo
—verdes encajes y caprichos gualda—
la banal compostura de tu falda
prolongó aquella noche en mi pañuelo

su pliegue tenaz. La mueca jalda
de una máscara gris de terciopelo
sollozaba y reía bajo el pelo
sobre el frío versátil de tu espalda.

Los champañas sin alma naufragaban;
y en tanto que tus manos se extraviaban,
sonó, con intranquila conjetura,

en el borde estridente de tu copa
desde el vértigo azul de una galopa,
el sordo cascabel de mi locura.

Italiana

*Finalizando alrededor de
un buen soneto.*

Por tres veces detrás de la alquería,
era grata a mis manos tu pereza;
el sol se hundió, dorado de tristeza,
en un rayo glacial de hipocondría.

La campana sonó el Ave María,
llenóse de balidos la dehesa,
y los bueyes volvieron la cabeza
lentamente, a aquel cielo de agonía.

La tarde descendió, con luces raras,
a tu triple collar de perlas claras.
Bajo los rumorosos naranjales

miramos sin pensar el dios de yeso,
y en el leño sonámbulo de un beso
grabamos nuestras mutuas iniciales.

Tu garganta

El verano perdió su fuego externo;
Y a la luz de la tarde postrimera
sonreía a tu enagua, en la ribera,
la displicente gracia del invierno.

Iba a velar contigo la primera
noche violeta de un país moderno;
el mar sonaba, bajo el viento eterno,
la amplitud de su sorda carraspera.

Y como el mar en sus pueriles glosas
prolongara el mutismo de las cosas,
llenó el silencio, como voz que encanta,

en el suave crepúsculo salino
bajo tu copa de color marino,
el sonoro glú-glú de tu garganta.

Tu agonía

La tarde se moría; y en el viento
la seda de tu voz era un piano,
y la condescendencia de tu mano
era apenas un suave desaliento.

Y tus dedos ungían un cristiano
perdón, en un sutil afilamiento;
la brisa suspiró, como en el cuento
de una melancolía de verano.

Con tu voz, en la verja de la quinta,
calló tu palidez de flor suscinta.
La tarde, ya muriendo, defluía

en tu sien un suavísimo violeta,
y sobre el lago de tersura quieta
los cisnes preludiaron tu agonía.

Los versos de Quiroga tienen un cosmopolitismo energético lleno de color y de diversidad: son sutiles y extraños: afinan aristas, diluyen vaguedades. Se explica así la intranquila mirada de las gentes que vieron en él a un desequilibrado y no creyeron en su potencial vigorosa y firme. En el "Combate Naval" se entrechocan las palabras secas de una rima grave. En "El juglar triste" hay una melodía doblada en la trasposición rítmica de los versos que se invierten. En "El martes 24 de Noviembre" y en "Lemerre, Vanier y Compañía" irrumpen ásperas sutilezas que alejan el sentimentalismo fácil y tienen una gracia conturbada. "Orellana" es una de las mejores poesías de este libro y de Horacio Quiroga por lo tanto. Tiene el colorido explosivo de una expresión viril que en las líneas harmónicas se multiplica de colores tropicales y de erres de metal.

Orellana

Es el grado de las noches incendiarias y crispadas.
Bajo el bronce-cobre-plata de las franjas atigradas
brama el pújil de cien saltos, de la selva tropical;
repercuten en el borde de los élitros chirriantes
—veneciana jaula de oro!—las galvánicas y errantes
vibraciones estridentes de las erres de metal.

Tiembla el golpe de la luna sobre el dorso de los lagos.
Los jaguares somnolientos de neuróticos amagos
runrunean dulces carnes de montmartres o de harén,
aguzando la violencia de su antojo desmayado
en sus garras perezosas, como un símbolo estrujado
tras la curva sobrehumana de una frente de Rodín.

Recrudecen en la sombra los euforbios agresivos;
hinca el crótalo la bilis de sus dientes expansivos
redoblando a la sordina su fatídico tambor;
bate el bronce de un rujido, replegándose en el viento;
cae la noche; y al ataque de un crepúsculo sangriento
calla el bosque americano, todo lleno de estupor.

*

La estética simbolista, que presumió la crítica prevenida a las originalidades de los jóvenes del Consistorio, encontró en el francesismo de Julio J. Jaureche, un motivo de justificación. Jaureche tiene una labor silenciosa y escasa: la vida lo diversificó,—y salvando los dos años consistoriales, en el contacto pleno de la residencia renacentista,—no publicó más versos ni deshojó más rosas que aquellas del "Almanaque Artístico del Siglo XX", famosa publicación donde se refugiaron todos los pájaros raros de la época, como en un fantástico y fraternizante palomar... Verlaine, Samain, Baudelaire, Vielè-Giffrin, los coloristas, los decadentistas franceses, le atraen y le llevan en su rueda. Una cultura máxima le domina y le insinúa una ponderación otoñal, que quizás causara el pronto abandono de sus jardines, donde plegó el crepúsculo sus alas membranosas, mucho antes de que muriera a la evangélica edad de los treinta y tres años.

Sus poesías son así flores exóticas de la literatura nacional, trasplantadas aquí como en un invernáculo. Escritas están en el idioma galo y exquisiteces galas tienen ellas también. Este soneto crepuscular es suave como una lejanía atardeciente, que evoca en el paisaje "le pas silencieux des femmes noctambules". Escuchémoslo:

Le soir, ainsi q'un chœur...

Le soir, ainsi q'un chœur de vierges exilées,
Empourprant le ciel bleu d'un ton qui s'evanouit
Module exquisement et sans faire de bruit
Le lointain ritournelle des choses passées.

Curieux lève le mont sa tête dans son lit
Et son ombre couchée dans la triste vallée
Fuit de la lumière par la montagne cachée
Comme un noir papillon etrangle par la nuit.

Le vent fremit tornant sa tête defaillante
Dans le spasme fievreux de l'horizon qui chante.
Le paysage diaphane berce la lubrique

Chair de rose inviolée de l'ivre crepuscule
Et porte le soleil dans sa chûte heroïque
Le pas silencieux des femmes noctambules.

Quizás pudiera decirse con su gota de sentido común, que quien escribía en francés,—viviendo interiormente en Francia,—no podía ser salteño. Más que la carne, atestigua el alma la nacionalidad. Los filósofos contemporáneos algo han dicho de esto, y así parece ser en verdad, a lo menos cuando el alma es sincera como en Jaureche y no mistifica una vida como tantos. Pero resultaría casi un ingrato olvido al amigo que todos conocimos, de todos recordado y por todos acompañado la última vez, no incluirlo en este ensayo de "salteñismo" lírico. El Salto no me perdonaría dejar a un lado la evocación de aquel selecto espíritu, y yo tendría la espina de haber cometido con él una imperdonable falla de amistad y de justicia. Leamos entonces este otro soneto a la blonda duquesa del ensueño romántico:

Tu étais en peignoir...

Tu étais en peignoir rose, o ma blonde duchesse
Indolemment assise au pied d'un acacia
Regardant l'eclosion d'un ciel frêle de soie
Dans un eloignement fatigé de tristesses.

Avec tes rubans mauves jouait ton petit chat
Eparpillant dans l'air un peu de ta paresse,
Et comme une lointaine et suppliante caresse
Le vent tiède portait un odeur de lilas.

Dans tes yeux de poupée luissait un long ennui
Esquisse sur ta bouche aux lêvres cramoisi
Comme un sceau fatidique d'une âme souffrante.

De loin je regardais avec mon vieux lorgnon,
Et à cette heure pensive à lueur chancelante
Le chat entre tes doigts semblait un blanch manchon.

Julio Herrera y Reissig y César Miranda,—para no citar más que poetas nacionales,—han descripto en sonetos de pura estirpe simbolista, cuadros como el de "Dauphine", que Jaureche estilizó al amparo de Samain, con la fragante y sensual esencia de aquella escuela poética de Francia. Vamos a releerlo comprensivamente y convendremos al fin, que hay sabor acre de poesía viva en la voluptuosa ninfa desnuda y cálida. Claro que estremece la evocación erótica, pero la poesía tiembla en el fondo,—y el soneto es hermoso como Delfina sin ropas—cuando se besa en el espejo del armario femenino...

Dauphine

Elle sourit, le coeur mourant dans un soupir;
Tout son corps amoureux s'allonge de désir.

ALB SAMAIN.

Dauphine, l'enfant pure à la bouche caline
Se rend devant l'armoire à glace feminine
Et laisse doucement descendre son peignoir
De blanche mousseline orné de rubans noir.

Elle jette un regard vers la glace. Rapide
Degrafe son corset et ses deux mains timides
Laissent tomber par terre son elegant jupon.
De ses doigts tous petits denoue son pantalon

De soie rose pale... Lentement elle glisse
Sur sa chair halelante sa blanche chemise
Approchée de la glace avant de se coucher

Sur sa bouche caline depose un baiser.
Toute nue elle tremble, et son regard s'epanche
Vers ses deux seins pointus et ses deux grosses hanches.

*

Asdrúbal E. Delgado pertenece también al Consistorio del Gay Saber, por su afinidad espiritual con los fundadores y la frecuencia de sus visitas a la casa lírica. El mismo no ha querido olvidarlo,—y hasta se gloría de ello,—convencido como el que más de la envidiable situación del Consistorio en el seno de la literatura nacional. La mejor poesía de Asdrúbal Delgado está fechada en el Consistorio y de allí salió como un madrigal triunfante que se escapara de un nido. La técnica de Delgado poeta se acerca a la perfección de una modalidad, y los versos tienen alas ligeras y sutiles, son suaves, deliciosos, traviesos, con un mimo acariciador y sensual. La espiritualidad burbujea en su cáliz de lírico Cliquot. Tiene los matices leves, la sal divina, la veleidad fugaz. Son versos para las muchachas del boulevard, para las novias estudiantiles, para las noches galantes. La sensibilidad recobra en ellos una gracia inédita. De leerlos queda una rápida sensación fragante, como sale de esos pequeñitos frascos de esencias orientales, el perfume esencial de una alcoba amorosa o de una cita galante... Delgado posee el secreto de las palabras que enloquecen a las mujeres...

Ecos de una sala

En el Consistorio del Gay Saber.

—¡Oh, no, ricura mía!
¿Piensas tú, todavía,
En esas cábalas de alevosa intención?
¿Ignoras que tu boca
No gozadas delicias provoca en mi boca,
Que implora tu boca con mimosa fruición?

—Cómo no he de adorarte
Favorita del arte
Del mimo, del beso, del nervioso mirar!
Si tus años son míos,
Si tus mimos y besos y ojos son míos,
Favorita del arte de hacerse adorar!

Ven, gatita mirrina,
Zalamera extra fina,
No te importe esa charla de pícaro ardid.
Ven, repite la jura
De aquel día... ¿recuerdas mi vieja armadura
Y la dama ofendida y la espada del Cid?

Ven, deja que mis besos,
Como niños traviesos,
Busquen los tesoros que hay bajo tu corsé,
Czarina de mil Rusias,
Vamos pronto al Kremlim de tus sabias astucias,
Que ya sé nuevos cuentos del sabio Mendés.

—Oh, ven boquita inquieta,
Adorable coqueta,
Ven pronto... así, así... muchos más, muchos más.

Así, sé generosa
—Oh mi hermosa mimosa,
Sultana, Czarina, reina de cien Sabás!

Bésame; ¡oh, los besos!
—Oh, tus besos espesos,
Que saben a fresas de una tierra sensual!
—Oh, divina, divina,
Que valen los besos de tu boca divina
Mucho más que la patria del viejo Stendhal!

Goza, goza, bien mío,
Que mi Rubén Darío
Rimará nuestro goce en un verso inmortal.
Ríe, ríe, bien mío,
Que el verso inmortal de mi Rubén Darío
Será el ritmo tu risa de goce triunfal!

"Ecos de una sala" vale un renombre literario y su autor lo alcanzó de inmediato, definitivamente. Sin embargo, no son más que cuatro o cinco,—ni tantas,—las composiciones de Delgado. Sibarita, goloso, inquieto, frágil,—alma con alas de mariposa,—prefirió gozar de la vida efectivamente, y poco a poco olvidó el cálamo, que hoy es apenas en él un gratísimo recuerdo de la juventud florida. La belleza demasiado fácil, que no ahonda ni fatiga el ánima para crearla, tiene esa virtud enemiga de irse en el aire, tal como una pluma que el viento lleva. Habría prodigio, pero también fugacidad, porque era excesivamente a flor de piel, y porque el dueño era un poeta frívolo y versallesco como para jardines galantes. Vino el otoño y enmudeció la fuente: fué inconstante la diosa y tornadiza el alma.

Renovemos la graciosa emoción de su primavera, olorosa de madrigales efímeros, recordando esta deliciosa página característica que Asdrúbal E. Delgado dejó en el álbum romántico de Ernestina Méndez Reissig:

Tout passe, tout lasse...

Mujercita, mujercita,—Bien querida mujercita:—¿Por qué tu voz se marchita?—¿Por qué se arruga tu tez?—Tu garganta ya no canta—Di, ¿por qué razón no canta?,—Si era alegre tu garganta—Di, mujercita, ¿por qué?

—¡Cuántos años, cuántos años,—Tras nuestros primeros años!—Y qué grandes desengaños—En los años ¿no es verdad?—Ya no corres por tu huerta...—¡Qué alegre que fué tu huerta!—Y hoy qué triste y qué desierta,—Pobre huerta, cómo está!

Eran tu orgullo las flores,—Y en tu huerta ya no hay flores.—Ya no hay en tus tocadores—Ni rosas de Jericó.—Y pensar que en otros días—Qué alegres aquellos días!—Con qué cariño decías:—"Mis rosas de Jericó".

Ya no hay luz en tus salones.—Huyeron de tus salones—Las brillantes recepciones—Los escotes y los fracs.—¡Qué triste está la glorieta—Donde daban su retreta—Los mirlos de la heredad!

¡Cuántas veces, mujercita,—Bien querida mujercita,—Acudías a la cita—Escondida en la *terrasse*.—¡Cuántas veces en el piano!—¡Oh, los recuerdos del piano!—Buscó tu pequeña mano—Los cantos de la heredad!

—¡Qué hermosos fueron tus ojos!...—Ya nadie alaba tus ojos;—Nadie observa tus sonrojos—Con indiscreta atención.—No se habla de tu elegancia...—Y pensar que tu elegancia—Puso en los labios de Francia—El nombre de tu nación!...

Mujercita, mujercita,—Bien querida mujercita,—Cómo tu voz se marchita!—¡Cómo se arruga tu faz!—Ya no corres por tu huerta.—Y hoy qué triste y qué desierta.—Pobre huerta, cómo está!

*

En 1903, César Miranda entregó a "Ecos del Progreso" sus primeros versos que prolongan en nervio y oro la renovación modernista del Consistorio del Gay Saber, la Torre de los Panoramas y los colores del estandarte de Rubén. En él confluyen los rayos multicolores de esa rueda que odia la *usata poesía* y que va desde Baudelaire y Laforgue hasta Rollinat y Samain. Desde el primer día es un puro artista de refinación, erudito más que ninguno, delicado y fino como un orfebre. En 1904, publicó "Letanías Simbólicas",—"este libro es para los nuevos",—y cuyas páginas arroja "bajo las ruedas de los carros de marfil que los viejos elefantes arrastran..." César ejerce el decadentismo hasta superar la línea ecuatorial que detuvo a los más atrevidos legionarios. Sin embargo, siempre goza del sentido helénico de la medida y de la emoción. Pan preside sus ritos y hace sonar su flauta de caña tras los árboles, como en el paisaje verlainiano. Tiene estrofas cabíricas, melodiosas, que renuevan las gracias griegas o el esplendor indostánico. Los templetes del amor abundan en sus colinas azules o en sus bosquecillos de mirtos y laureles. Cree en la belleza pura y blanca concebida para el deleite propio, no para el aplauso ajeno. Es un neo-romántico poseído por la avidez incomprensiva, profundo y proteico, sensitivo y lunático. Adora la claridad de la mañana que alegra los ojos, la calidez de la siesta que se enardece de cantáridas, la melancolía del crepúsculo solferino que hace temblar el corazón, la enormidad de la noche que Selene preside y Sirio y Rigel y Aldebarán escoltan... En total, yo debiera decir que nació enamorado de toda canción.

En una de las páginas de sus "Letanías",—"pasan por la ruta amarilla los paquidermos antiguos",—cuyo desfile imantara las saetas de la crítica en los más lejanos horizontes. Montero Bustamante recogió en su "Parnaso" las cuartetas alejandrinas de "Ninón", "sonámbula deliciosa de brazos de porcelana". Yo voy a elegir del libro,—que es toda una columna lírica orlada de rosadas rosas griegas,—este poema de "Sapientia Summa", áureamente poético en la tramazón harmónica y nueva de sus versos.

Sapientia Summa

Cabe el tronco fructífero de un viejo sicomoro,
una dríada de crespos cabellos color oro
se encuentra. En su desnudo y delicioso seno
una serpiente duerme:—lectífero veneno
en sus glándulas tiene... Con paso cauteloso
un niño se aproxima: en su semblante hermoso
brillan cual dos carbunclos sus pupilas ardientes.
La ninfa lo contempla. Curvas desfallecientes
atraen del pequeño la inocente mirada.
La serpiente despierta: se desliza enroscándose
por la cadera, blanca cual una pincelada
de albayalde; y el niño continúa aproximándose.
La seductora ninfa acuéstase en la yerba,
como una cortesana atractiva y proterva.
El niño, hinoptizado, va cayendo en un sueño
y sobre el cuerpo blanco de la dríada se posa,
cual una flor de sombra su cabello sedeño
en el seno eucarístico desmayado reposa.
La serpiente se enrosca uniendo los dos seres...
—¡Oh, epilepsia sagrada, toda la ciencia eres!
y la serpiente,—emblema de la sabiduría,—
será la diosa única a quien se adore un día!

Con una evidencia de teorema, el poeta salteño perfecciona su técnica en "Las Leyendas del Alma", que aparecen en 1907 dedicadas "al núcleo pórtico", y que constituyen su libro máximo. Aquí la ascendencia directa de Samain,—"el ceramista" como dijo Darío,—es clara y auténtica. Alguien ha notado en su acervo lírico los nombres contemporáneos de Rubén, de Lugones, de Herrera y Reissig, de Jaime Freire. Bien pudiera agregarse también el de Horacio Quiroga, o mejor, pudiera decirse que gravita sobre César, la circunstancia unánime de la hora. Su preciosismo logra la exquisitez de las joyas, la aristocracia de la "nuance". Tiene fantasía, música y matiz: los tres

dones sagrados de los simbolistas. A veces encuentra rimas sorprendentes, multicolores abejas líricas, que salen de su mano para revolotear al sol entre sus viñas. Posee el secreto dulce y hermético de los adjetivos, la epifanía rubia de la primavera ática, la gracia frágil de las ninfeas y de los crisantemos. Verlaine, Mallarmé, D'Annunzzio, Banville, Pan y Leda, todos los profusos y diversos mitos nuevos, aletean con él.

Es dorado y cálido ese "Poema del crepúsculo", que comienza así:

El sol declina sobre—el parque su caliente—luz de cobre, —y un perfume salobre—higieniza el ambiente.—El mar se incendia en tonos—bermejos.—Los pinos invierten sus conos—en el agua. A lo lejos,—mar afuera,—su bocina sonora—hace sonar viajera—nave.......

Y es dulce y gris ese pareado alejandrino en que habla de la opaca virtud de las gaviotas y de los albatros:

Cruzan en lentos giros los pájaros marinos
que ignoran el encanto silvestre de los trinos....

Los días han aguzado el fino espíritu de César Miranda, que como el maestro, al llegar a la altura, licenció la corte de sus vistosos abanicos y la pompa tornasol de sus pavos reales. Empero, el fondo del paisaje es el mismo, y aunque "en el cielo no quede ninguna golondrina", el poeta permanece en el Archipiélago y el caramillo suena tras la arboleda quieta,—o se ve correr,—alta la noche que Canidia hechiza,—al mágico dios de las barbas rurales y las patas de cabra,—que Dardé acaba de fraguar en la piedra...

La persistencia de esta exquisita manera ha vuelto a ponerse de relieve en la reciente salutación a Cuba,—la isla maravillosa,—en sus poemas eglógicos "Los Sátiros" y en sus últimos sonetos de "Bronce de Epopeya" y "Cuadros Familiares". De todos ellos, al azar elijo "La dicha", que

publicó en el Salto "Le Chat Noir",—aquella revista de arte,—efímera como todas, pero elegante como ninguna, que gozó el privilegio de su colaboración frecuente.

La dicha

Media noche. Ifigenia hace rodar la cuna,
La mariposa trémula en el cristal esplende,
Por el postigo filtra un rayo de la luna
Con sigilo de gato y cautela de duende.

La madre vigilante la maniobra suspende,
Y escruta si la infanta se ha dormido, con una
Mano sostiene el seno tibio de donde pende
Una gota de nácar, signo de su fortuna.

Luego vuelca en la almohada la cabeza florida.
La clepsidra se agota perla a perla... Vencida
Por el sueño, Ifigenia nubla sus ojos bellos...

En tanto Polinicie en éxtasis, apura
Como un vaso de leche, esa existencia pura,
Y suspira a la dicha que se acuesta con ellos...

*

Por 1907, dos pegasos distintos escarcean en la heredad salteña, y merecen recuerdo, aunque el vuelo fuese inseguro y la geometría de las líneas quebrantara la belleza del canto. Uno se llama Víctor N. Cardozo y el otro José Piñeyro. Los dos son humildes, románticos, sencillos. Es un prisma nuevo, dos prismas nuevos en la labor multánime de los aedas locales. Cardozo canta las mujeres, tiene el romanticismo español de una época, retrocede en la ética y en la estética el modernismo de sus conterráneos. Improvisa, sueña, y se va. Envuelto en su capa,—la negra melena bohemia bajo el ancho sombrero —renueva la leyenda de don

Félix de Montemar. De sus canciones dispersas, ingenuas y pasajeras, apenas tocadas por las brisas modernas, nos queda una que vale la pena,—"Ineluctable",—publicada en "La Prensa" cuando murió el poeta en 1908.

José Piñeyro evoca el verso de Rubén a Mauricio Soussens. "Soussens es el hombre más bueno del mundo"... Así también este espíritu triste y profundo, que lleva "divisa negra" en la lira y llama ardiente en el corazón. Piñeyro es el hombre más bueno del mundo,—y su canción humilde vive de ideales sutiles,—"alma templada al calor de los más grandes amores".—Anunció la redención obrera como la alondra, que es vanguardia de la mañana. Sus décimas tienen el son de la bordona, y con ellas exaltó la libertad, el amor, la lucha, la social-democracia. "De mi doctrina", "Rebeldía", "XX de Setiembre", son sus versos de combate. Después dijo canciones universales de amoroso afán, volcó unas cuantas "versadas" populares y chispeantes, le quitó las cintas a su guitarra criolla y se dejó olvidar por la derrota. El diarismo tiene la fatalidad creciente de llevarse en la rotación de sus máquinas, enlazadas a la crónica superficial el hondón de las almas dedicadas a él. Piñeyro creció junto a las viejas maquinarias de "Ecos del Progreso", que le llevaron consigo. Desde entonces se hizo más lejana su voz, y ya no nos queda de José más que el invariable recuerdo de su corazón de oro, ¡oh, Piñeyro, tú eres el hombre más bueno del mundo!...

*

Walter Schud llega en esta hora ecléctica, portador del romance de Heine, germano en el fondo brumoso él también. Su canción tiene una delicadeza que no es la de Asdrúbal Delgado. Bécquer sueña en su reja florida y Heine canta para él estrofas románticas, que han venido venciendo la distancia y el tiempo. Tiene un acendrado cariño localista y ha preferido callar antes que volar, cosa sutil y profunda que pocos hacen, porque siempre hay horizontes

lejanos que prometen siembras fecundas. Pudiera ser también que su romanticismo muriera una noche de plata, y que la trova sentimental de sus años jóvenes fuera apenas la miel de un vaso que se derramó. Pero yo no lo creo,—y en homenaje lírico, de él exhumo estas estrofas realmente bonitas,—que personifican un poeta y un jardín:

Confesiones

Donde vierten más oro los soles
Y son más serenas las noches de plata;
Donde ríen más frescas las rosas
Y lloran rodando más tristes las aguas;
Donde todas las brisas remedan
Moviendo los sauces, rumor de guitarras;
En el huerto de flora más verde
Que existe en el mundo, se encuentra mi patria.

Cuando cuelga la luna en mi reja
Sus leves cendales tejidos con plata,
Cuando todos los ruidos se extinguen
Y violan el campo las rosas de grana;
Cuando todas aquellas mujeres
Que engendran los sueños invaden mi estancia,
Yo en el grupo distingo un semblante
Moreno y hermoso que he visto en mi patria.

Porque sé que la cal de mis huesos
Está de las piedras nativas formada,
Y tendrán más sosiego sus átomos
Si alguno los pone donde antes estaban;
Porque sé que han de hacer menos triste
La noche perpetua dos ojos de llamas,
Yo deseo tener mi sepulcro
Allí donde tengo mi amor y mi patria.

Olvidaba decir, y me apresuro en decirlo, que Walter Schud cantó siempre con pseudónimo, por quién sabe qué conceptismos personales.

Yo me atrevo a cortar con mis tijeras hermenéuticas las matas de violetas que el poeta puso entre sus rimas y el gran público. Mi ensayo sale avalorado, y Walter Schud crece a la vista de la ciudad.

*

De mil novecientos diez hasta el presente, el Salto sigue timbrando liras y númenes, con el don inmortal que ilustra su blasón.

Carlos M. Princivalle, Ramón Bergman, Adolfo Montiel Ballesteros, Alcides Milans, Pablo Aguirrezábal, José Pereira Rodríguez, Pedro del Rivero, Sabas Olaizola, evocan un período, del que no surgieron por cierto más que unas cuantas voces perdurables.

Montiel Ballesteros es el que tiene mayor soplo lírico y sus libros desiguales acusan soles benévolos y acertados sones, entre el follaje acústico y desparejo de su heredad. Trasciende a Villaespesa en sus gallardías adolescentes y en sus veleidades eróticas, a Carrère en su bohemia romántica y en su nostalgia eterna, a Manuel Machado en la ligereza fácil y sonora y con alas... El cielo azul y las colinas verdes le prestan esa emoción criolla que sólo saben los corazones de veinte años. Sueña en el aroma de un viejo madrigal, elogia las manos blancas de la ilusión, comprende la locura de Pierrot, evoca la fugacidad de un viaje inverosímil al Barrio Latino, dice la hermosa alabanza de la raza o profesa desde su iniciación claro amor a la tierra en sus "Ritmos de caramillo" que más tarde repite en "Terruño", "Emoción" y "Savia".

El sauzal melancólico, el riacho murmurante, los aromos dorados, el ceibal alegre de nuestras correrías,—todas esas cosas hondas y eternas de la égloga salteña,—miran al través de sus mejores versos, de aquellos que su pluma hizo

de un tirón en las mañanas de domingo, cuando le visitábamos henchidos de toda la música del mundo...

Como si estuviera dominado por aquel poema de Baudelaire que tiene la inquietud de partir—no importa a dónde—Montiel se levantaba con el alba para mirar hacia los caminos campesinos que prometen tanto, y al final de los cuales la gloria se entrega como una mujer o el alma huye como una nube... La facilidad ingénita para versificar fué su peor enemigo, que ni tiempo para estudiar le dejaba. De ahí que "Primaveras", "Terruño", "Biscuit", "Emoción" y "Savia", formen su arco no siempre tenso ni sonante. Es indudable que le falta cultura poética, como a todos los de su generación. Montiel tiene el canto intuitivo de los zorzales que había en su casa rodeada de vidrieras y enredaderas. Canta como los pájaros y disuena muchas veces como ellos. La serenidad de la tarde aquietará la cristalería primaveral del poeta, y su voluntad de crear, sinónima de mejorar, le devolverá un día a la ciudad nativa, señor de un alado y pujante corcel.

Mientras anhelo no equivocarme con el augurio, sintetizo su obra recordando que cantó una vez al padre río de las barbas fluviales y el cinturón de piedra,—otra vez a la novia de los ojos verdes, frágil como un biscuit,—y otra vez a la musa roja de las revoluciones... ¡toda la lira y toda la juventud!

Los versos que siguen constituyen una sentida evocación casi elegíaca, que anticipó la dulzura triste y la sencillez intensa de Evaristo Carriego. Se titulan "El poema del recuerdo" y levantan la sombra luminosa de la madre que se fué:

Nuestra vieja casa...

I

Nuestra vieja casa tiene un desaliño
Asaz elocuente; el jardín callado
Olvidó la mano, llena de cariño,
Que le diera un día y otro su cuidado.

Los claveles rojos, las rosas de armiño,
Entre hierba yacen. ¡Todo está cambiado!
Cubren los senderos pastos; como un niño
La pena del triste jardín he llorado...

Ayer la familia paseó por el huerto:
La conversación tomó un giro incierto,
Pesaba un recuerdo doliente quizá...

Alguien se inclinó sobre un arbustito
Y dijo, en acento de duelo infinito:
"La última plantita que plantó mamá"...

II

Los árboles crecen lujuriosamente,
Fuertes, animados de jocundos bríos,
Y la vieja casa quiere ser sonriente
Bajo la caricia ígnea del estío.

Natura compone su poema ardiente,
Pero se acongoja el alma de frío...
La casa sonríe dolorosamente;
Como disfrazando mi dolor sonrío.

Hay en todo una dolencia secreta:
Hoy mientras estábamos bajo la glorieta,
Unos pajarillos al aire inquietaron...

"Cómo ella quería pájaros y flores."
Mientras en las almas florecían dolores
Y en los ojos lágrimas: todos se callaron!...

III

Solo, por las sendas que están en olvido,
Paseé esta mañana mis desolaciones
Y mi corazón, latido a latido,
Ha ido rezando viejas oraciones.

¡La madre! La santa madre que se ha ido
Ha hecho que sean duelo mis canciones.
Nuestra vieja casa no me da el perdido
Tesoro pristino de mis ilusiones.

Parece que añoran las cosas su ausencia:
El jardín callado tiene una elocuencia
Que comprende el alma y en dolor traspasa...

Hay como una niebla de melancolía...
En el desolado recordar creería
Que ha volado el alma de la vieja casa!

IV

Envío.

En las noches largas, suaves y serenas,
En que las estrellas brillan pensativas,
Doy vuelta al rosario negro de mis penas
Que baño con hondas lágrimas votivas.

Escucho tus blandas frases expresivas
Como cuando niño, de ternuras llenas,
Y siento en el rostro, cual si fueran vivas,
Las caricias santas de tus manos buenas.

Cómo es de pesada esta cruz que llevo;
—Madre, que yo pueda besarte de nuevo
Como a una reliquia de veneración.

El jardín y el alma te aguardan con flores;
Hazte vida y presta tregua a mis dolores
Ya que nunca mueres en mi corazón!

Seguro estoy de que no son estos los mejores versos del poeta, pero es tan abundante su vendimia y tan diversa su inquietud—¡oh la *diversitá* d'annunziana!—que nuestra simpatía fraternal se detiene indecisa sin poderle fijar el estema heráldico. Acaso, mejor que nada simbolice su musa aquel ex libris de Alvarez que usa en "Savia", y en donde la sombra de un pabilo que arde es un corazón y a los pies de la vela chorreada de estearina una mariposita ha caído con las alas abiertas y las antenas hacia arriba, junto a unas cuantas margaritas silvestres...

*

Alcides Milans pudo timbrar un nombre, a pesar de la manera desordenada y libre de su naturaleza. Ensayó unos cuantos caminos y a todos les dió la misma contraseña. No tenía malicia y pareció malo. La bohemia le cortó las alas ingenuas y le rompió la bocina de caña. Fué un poco andariego y otro poco combativo: vale decir, le faltó ponderación, justeza de miras, equilibrio vital. En cambio, le sobró agilidad, resolución, ardor y candidez. Murió sonriente después de haber sufrido mucho, dejando en el estupor de sus amigos la sensación de un desgarramiento. Del cuaderno de versos inéditos que la casualidad me proporciona, entresaco estas décimas de metal, quizás influenciadas de Almafuerte, pero características de su persona, así desaliñada y así vibrante. Como a todo lo suyo, les falta el retoque oportuno que después abrillanta y avalora, aunque tengan el lance y la pasta de unos versos hermosos. "Flores de Ceibo" se titulan, y dicen así:

Voy hacia ti. De los viejos
Recuerdos llevo la herida
Como un sol que da la vida
Siempre cerca, siempre lejos;
Sin embargo, sus reflejos
Al chocar en mi pasión
Parecen decir que son
A tu espíritu verdugo
El alma de Víctor Hugo
Llorando en mi corazón!

Y a pesar de lo que sé
Como esclavo de mis penas
Beso siempre tus cadenas
Sin saber cómo y por qué;
A veces cuando mi fe
Se estrella contra tu amor,
Como estrella y como flor
Que presagian dos abismos
Se emborrachan mis lirismos
Para soñarte mejor!

Y ebrios del placer que halaga
Al ver que olvidan su herida
La realidad de la vida
Todos sus sueños apaga;
Mas no hay nada que deshaga
Su obstinación hacia atrás;
Hacia adelante,—jamás—
Detienen su marcha loca
Y en la puerta de tu boca
Piden una copa más!

En tu boca,—la taberna
De mi ensoñación gigante!—
El borracho tambaleante
Y sumiso se prosterna,

Pero la puerta es eterna
Y en el umbral como un muerto
Cae el hombre, frío, yerto,
Con el alma desgarrada
—La puerta siempre cerrada
Y el ensueño siempre abierto!

Y no obstante el hondo anhelo
De tu desdén soberano
Tengo una estrella en mi mano
Para tirarla a tu cielo.—
Y en el inmenso desvelo
De mi más hondo delirio
Mi corazón será un lirio
Para tu ramo de Harmodio,
Y en los pétalos de tu odio
Te escribiré mi martirio!

Para que así no te asombre,
Del ramo de tu floresta
El perfume sea protesta
Y la protesta mi nombre;—
Para que así sepa el hombre
Que llegue feliz a ti
Que hay un alma viva allí
Donde tu labio provoca
Y que al besar a tu boca
Me besa también a mí!

Porque en el tremendo hervor
De tu desprecio tremendo
Yo soy espuma creciendo
En el río de tu amor.
Porque mi espíritu, flor
Enferma de lo maldito,
No ha demarcado circuito
Y si no acaba ni empieza

—Es muy chica tu grandeza
Para todo mi infinito!

Y sin embargo no hay juez
Que castigue este delito
De hallar chico el infinito
Y enorme tu pequeñez:
Mas no importa, toda vez
Que tu desprecio me alcanza
Yo lo vuelco en la balanza
Triste y negra del destino
—Y voy regando el camino
Con gotas de mi esperanza!

Dicho está en los libros y en la vida, que los poetas como hombres no logran más gloria que los amigos que dejan. Alcides Milans cercenó esa gloria reduciendo en vida su círculo, que no ensanchó la muerte porque la vida no perdona el pesimismo de los desengañados. No así, aquel muchacho triste, de ojos verdes y un mechón en la frente, que conocimos de talabartero y que anduvo por las calles del Salto, oscuro, lento y pálido. Me refiero a Pablo Aguirrezábal, el más poeta de los poetas de sus días. Mucho menos atado que Milans a las luchas significativas de la vida, crece en elevación después de muerto, apenas clausurado el ciclo repentino de sus diez y nueve años gloriosos de luna y de canción. La piedad amiga publicó un librito póstumo—"Con la luna"—que reproduce la humilde libreta de poesías inéditas, vencedoras de la muerte en este soneto maravilloso, que parece de Juan Ramón Jiménez:

Con la luna

Luna mía, luna mía,
hermana sentimental,
tú, que conoces mi mal
escucha esta letanía.

Cuando tu luz blanca y fría
armiñe su ventanal,
dile a la novia ideal
que la adoro todavía.

Y si acaso se importuna
con mi recuerdo la ingrata
tú, que eres tan buena, Luna!

Para calmar mi aflicción
clávale en el corazón
tu agudo puñal de plata!...

In memoriam, pusieron una lira de bronce sobre la piedra dura y tosca, sus amigos unánimes. El pequeño cantor romántico murió en 1912. La lira evocativa fué colocada sobre su tumba una mañana clara, bien igual a la de su entierro, en el otoño de 1914. Hace un año ya, que la crueldad bárbara de unos hombres indiferentes, arrojaron al osario común, los restos mortales del poeta niño. En la confusión anónima Pablo Aguirrezábal se pierde así, imperdonablemente, como una estrella que cae al vacío en la noche negra tendida sobre el mar.

*

José Pereira Rodríguez dijo sus amores en ramos de versos fragantes como nardos. Y en las mañanas estivales o en los ocasos solferinos, cantó su cantar de cigarra al sol, con un optimismo triunfante y juvenil. Su labor es breve y va dispersa como las palomas. Como en el soneto rubeniano, "ya no canta ahora con el vigor de antaño", porque ahondando el corazón poeta puso las manos en tareas más duras mientras conquista cotidianamente la paz doméstica del hogar feliz.

Renovemos su abril y su setiembre, dorados de espigas y de abejas zumbantes, con este sonetino tintineante que publicó "Le Chat Noir" de 1913:

Quiero para tu boca

Para tu boca de granado en flor,
Quiero enhebrar un loco madrigal,
Que tenga la pureza del cristal
Y la delicadeza de un albor.

Un loco madrigal pleno de amor,
Lleno de suavidad sentimental,
Rimado en un momento musical
Al son de una sonata de color.

El madrigal te llevará mi amor
En vieja melodía de dolor,
Rimada en un momento musical...

Un madrigal, un loco madrigal,
Pleno de suavidad sentimental
Quiero enhebrar para tu boca en flor.

*

Pedro del Rivero ha nacido para cantar quebrantos, "sentimental, sensible, sensitivo". Tiene un alma grave y silenciosa que conoce amargas mieles y llora rimas desoladas.

... "Hacen quince años que voy por los talleres con precisión de péndulo", y en su modesto oficio de tipógrafo, junto a las cajas altas, dueño de las letras innumerables, más de una vez ha ido silabeando en el bruñido componedor los ritmos inefables.

Su frente joven ya no es clara y pulcra: la ilusión del sendero, el amor imposible y la cariátide de la muerte que ha visto en la noche, le han llenado de estupor los ojos y de tristeza el ánima.

Hay una humilde lágrima en estos versos tristes:

Adiós

Era un orgullo de varón amante
mi lloro sin consuelo;
inconfundible signo de poeta;
de cándido; de bueno.

Yo dí, en amar sin tasa,
mi corazón entero:
río de amor que hacia la mar corría
traslúcido; sereno;
dulcemente fatal. Por tus encantos
ardió mi juventud como un incienso
que al cielo alzó sus espirales, ¡vanas!
pues tu desvío, luego,
hizo un derrumbamiento fabuloso
en este pecho,
que ama con intuiciones de poeta;
de cándido; de bueno...

Era un orgullo de varón amante,
mi lloro sin consuelo:
primero te soñé mía y por siempre;
cifré después lo eterno
en mi llorar por el Edén perdido;
y, como el sabio lírico, yo, ingenuo,
lloré "lo no venido por pasado".
Así pasé mis tiempos,
hasta que una mañana jubilosa
me levanté sonriendo,
y me sentí tan optimista y joven
que me desconocí; miré hacia dentro
del corazón, y vi que ya no estabas
en él; y en mi recuerdo,
ya tu perfil era un vellón de nube
llevado por el viento
trágico del olvido;
y dí en llorar y en suspirar de nuevo
al ver que me quedaba sin historia,
sin fantasía; hueco:
¡Como el alma de un pobre
niño que no ha escuchado ningún cuento!

Tú me dijiste: Adiós,—ha muchos días—
y me quedé llorando y en silencio;
pero ya he recobrado la palabra:
otra mujer, el hueco
llenó, que me dejastes en el alma;
y, a fuer de caballero,
tomo la lira que cantó tu encanto
y te respondo en verso:
—Adiós; y que los hados generosos
te den por dueño
un hombre con entrañas de poeta;
de cándido; de bueno...

*

En cuanto a Sabas Olaizola, de nombre que parece pseudónimo, labra en una escuelita rural su afán y su quimera. Como buen hijo de vascos tiene el alma recta, el decir sencillo y el anhelo puro. Sus versos asonantados son de modernidad y de congoja. Padece de esa melancolía en juventud que se llama romanticismo. Este "Ritmo de Otoño" es dulce y suave, además de ser musical y triste, como el penacho lírico de Sabas:

Ritmo de Otoño

El Otoño cae
en la lluvia leve de la luz solar.
Pálida la siesta. Y el mariposeo
de las hojas verdes, pero tristes ya...

Pálida la siesta,
de una ingenua y blanca palidez lunar;
y murmura el viento la balada tibia
de los aires suaves, pero tristes ya...

Una nube pasa y el jardín se anubla;
un molino blanco rumia su metal,
y en la lengua torpe de sus engranajes
habla de aventuras de tres siglos ha...

Con sus ojos niños de convaleciente
el Otoño llueve con la luz solar,
y tú, regalona, dulce novia, por las
fiebres de tu dueño tendrás miedo ya...

La vida es Otoño, un Otoño lánguido
que nos da el invierno de la eternidad:
sólo que contigo, mientras llora el mundo,
el Otoño fuera más primaveral.

Mientras te recuerdo, llega a mis oídos,
musicalizada la voz de un piar,
son las golondrinas que alegres se posan
sobre los pretiles, pero ya se van...

El Otoño cae
en la lluvia leve de la luz solar,
y el alma murmura la balada triste
del corazón bueno, pero enfermo ya...

Con la lectura de este poema, bien se ve que Sabas encuentra la poesía en una rama de árbol florido y no en un taller de fórmulas. Todos los púgiles de su época son indefectiblemente lo mismo: un corazón, que es como una torcaz ingenua, estremecido en todos los crepúsculos. Pero es indudable que conforman un grupo definido, como antes lo habían hecho los del Consistorio y como después lo han de hacer los que vendrán.

*

El poeta del novecientos no ha llegado todavía. Acaso estaba para llegar, cuando otros jardines líricos le retuvieron consigo ofreciéndole azules más propicios para el vuelo de sus alondras maravillosas. No en tanto, los últimos vientos han traído las canciones emocionadas de José María Delgado, el poeta salteño de máxima calidad que haya cantado en la hora actual dentro de los verjeles de la patria. Brillan las estrellas en sus versos dulces y harmoniosos, tiemblan las alas en sus poemas claros y frágiles. El alma del verso es el alma del hombre que ha ido componiéndolo, y pocas veces tan sincera, tan clara, tan ingenua, como en esta vez del poeta salteño, que dice su buena canción, como Verlaine dijo la suya: así lleno de candidez y de sencillez. José María Delgado, con ser el más nuevo no es el último de nuestros portaliras, pero es indudablemente el mayor, el más lírico, el más verdadero. Los años se apresuran contra él, y él levanta sus banderas de raso con una juventud inflamada del ardiente fuego antiguo. Sin saberlo, sabe sin duda la frase de Ruskin: "las escuelas dan importancia, dan ambiciones, dan pedantería, pero mutilan el genio y le cortan las alas ingenuas." Tiene el corazón melodioso como uno de nuestros zorzales, y como uno de ellos todo lo ve con ojos de luz, y viene cantando por el camino primaveral. Su canción es feliz, pristina, dulce, sin tormentos, sin angustias, sin esfuerzos, canción del corazón, que no conoce ripios, que nace como el agua en la roca viva, o como el canto en el pájaro agreste.

"El regimiento pasa", pone luz solar, son de clarines en la inquietud del alma. La diana de las charangas vibra en el aire que se estremece de sol y de color. El desfile va envuelto de aromas de leyenda, que la muchedumbre sigue con ojos extasiados. Hay un viejo recuerdo que pasa aleteando: hay un temblor que brilla en las bayonetas: hay una bandera de gloria que flota al viento. Como nadie hasta ahora, el poeta ha sentido la emoción del desfile, y la expresa con el acorde mismo de las dianas. Dice así su canción:

El regimiento pasa

El regimiento pasa.
Como pupilas ávidas e inquietas,
Las gallardas y austeras bayonetas
Brillan al haz solar que las abrasa.

El son de los clarines
Deja en el alma un sueño de laureles,
Y a sus guerreras notas los corceles
Alzan al viento sus salvajes crines.

Con ojos extasiados,
La muchedumbre sigue por la senda
Esa pálida bruma de leyenda
Que flota alrededor de los soldados.

Y el gran himno sonoro
Desparramando el triunfo de su nota,
Hace volar el corazón patriota
Como en alas de un águila de oro...

. . . .

Despiértate, alma mía,
Y aspira largamente la fragancia
Que esos viejos recuerdos de la infancia
Esparcen en tu lecho de agonía.

Escucha, pecho herido,
La voz amada que en tu seno ha muerto,
Y vuelve a resonar sobre tu huerto
Como la voz de un pájaro perdido.

En tiempos sepultados
También seguiste,—¡oh, corazón!, la senda,
Que envuelta en vagas brumas de leyenda
Deja, tras sí, el clarín de los soldados.

Y el gran himno sonoro,
Desparramando el triunfo de su nota,
Hizo volar tu corazón patriota
Como en alas de un águila de oro.

Y hoy los mismos tambores
Que resonaron en tu pecho herido,
Tocan,—almá!,—las dianas del olvido
En la noche espectral de tus dolores.

Bajo la luz solar que el cielo abrasa
Cae en el alma un silencioso estío;
Abre el párpado al sol, corazón mío,
El regimiento pasa....

"Aves de calvario" fué considerado por César Miranda en su estudio sobre el decadentismo americano, como uno de los mejores sonetos de la renovación lírica del continente. Y a fe que si hay una página hermosa entre tantas, esta es, con su inmenso crepúsculo de otoño. La sextina deja en el ánima suspensa la visión inquietante de las dos aves de calvario cruzando el cielo desolado en un revuelo fugitivo. El corazón tiembla y se extraña, aquí también como en Verlaine y como en Rubén. Esa confusa imagen de abandono que en nuestro espíritu vacilante deja la tarde, se renueva aquí en este soneto extraordinario. En el espíritu no hay cosas sino estados, han dicho los filósofos. Y en realidad, que es un estado turbador, ese del atardecer, que parece que nos pone en el vértice del poniente, gravitando hacia adentro de la vida.

Aves de Calvario

Mujer, para mis males o ternuras.
De niño uní el amor a los dolores:
Niño siempre, hoy ofrezco a tus amores
El amor de mis hondas amarguras.

Poblaré tu jardín de aves obscuras,
Que pongan, con sus lánguidos rumores,
Sobre el carmín intenso de tus flores,
Un poco de otoñales desventuras.

Por cada rayo de tu sol dorado,
Brotará de mi luna otro nevado.
Y en las tardes inciertas de mis nieblas,

Cruzaremos el cielo solitario
Con el alma aterida de tinieblas
Como dos grandes aves de calvario!

"Puede ser todavía"... tiene una infinita dulzura verlainiana acordada en el hueco de sus versos. José María puso en ellos la melancolía de las tardes salteñas viendo caer el crepúsculo sobre el río. Y recordó el balcón de la primera novia, la casa solariega, los viñedos paternos, el viejo reloj... ¡Qué linda evocación, Rubén, si tú la oyeras!... La melodía es dulcísima, aunque el ritmo es caprichoso, y la rima incompleta. Darío la habría celebrado entusiasta, como una poesía hecha de poesía,—que es la más exacta definición que pudiera hacerse de ella. Suave, indistinta, confidencial, tiene una música interna que como la de los violines viene de lejos, llena de encanto. El confín se imprecisa como en los sueños,—y el poeta—¡oh, Verlaine!,—se va en el aire leve, lo mismo que la buena *chanson*. Escuchémosla:

Puede ser, todavía...

Que la buena canción nos lleve
Como pluma en el aire leve
Dejémonos ir,—¡oh corazón!,
Donde nos lleve la canción.

Llévame a decir al balcón que el amor abría:
"Yo soy aquel que aquí acudir solía
Contra furioso viento o dura helada
A deshojar la juventud dorada
De su alma en flor frente a tu celosía."

Puede ser todavía,
Puede ser que la novia adorada,
Nos aguarde aún allí, como aquel primer día.
O volvamos a ver el hogar que el tiempo, ha tiempo dispersó.
Sin hacer ruido entremos hasta hallar el viejo reloj
Y hazme decir: "Yo soy el que daba cuerda a tus agujas.
Imposible olvidar el candor de los cuentos de brujas,
Y el rumor de las voces, que a tu lado oyó un día
Aquel niño pequeño, cuya sombra soy yo."

Puede ser, todavía,
Puede ser que aún se muevan las agujas del antiguo reloj.

O llévame a pasear por los viejos viñedos paternos.
Por las viñas aquellas, que—¡ay! en horas de apremio fué
[preciso vender.
Crucémoslos sin decirles quién somos; a ver
Si a pesar de los hielos de tantos inviernos
Aún recuerdan el amo pequeño de un día.

Puede ser, todavía,
Puede ser que sus nuevos racimos sean tiernos,
Tiernos como aquellos milagrosos racimos de ayer!

Y si es que eso te apena, porque siempre es penoso visitar
[el pasado;
Salgamos a holgar por algún verde prado,
A la buena de Dios, con la pipa en los dientes,
Las manos tras las flores, los labios tras las fuentes,
Y el corazón de toda pesadumbre aliviado.

Y si amas más el mar, huyamos en buen hora,
Con las velas abiertas sobre la mar salada.
Pensando,—¡sabe el alma!—en qué futura aurora...
O mejor, todavía, sin que pensemos nada.

Más por el amor de Dios, en el tiempo más breve,
Como pluma en el aire leve,
Del nevar de esta agonía
Aléjame,—¡dulce canción!

Puede ser, corazón,
Que aún hallemos el rayo de sol que disuelva la nieve
De esta angustia sombría!

—¡Puede ser, todavía!...

"Los viejos del Asilo" pertenecen a los últimos ciclos poéticos de José María Delgado, y en su modernidad, en su harmonía, en su belleza, es la más completa de las producciones del poeta salteño. José María alcanza en ella la expresión total y dice un canto nuevo a una vieja tristeza. El sol tiende sus aparejos de luz hasta los pobres viejos claudicantes del asilo. que en las mañanas invernales se enfilan silenciosos en los largos corredores, para tostar un poco el alma al sol. Mudos, sonámbulos, perplejos, ya casi ciegos, los viejos le dieron al poeta,—todo corazón, y por lo tanto ternura y bondad,—la sensación inmensa de la vida, revuelta de amargor y de infortunio al borde del mar vacío, sin islas ni barcos, sin puertos ni horizontes. Hasta parece como si las palabras se anegaran de dulzura, como si un resplandor matinal se entremezclara a la angustia viva, como si una nobleza desconocida se alzara llena de piedad frente al mundo indiferente. Lemaitre dice juzgando al pauvre Lelian siempre recordado, que oyó voces que nadie antes de él había oído. José María ha expresado hondamente esas voces ignoradas que de vez en cuando los poetas encuentran en la superficie cambiante de las cosas. Los

hombres habían venido expresando hasta ahora un repulsivo gesto,—muy mundano por cierto,—delante los mendigos que exhiben su miseria al sol, en los atrios de las iglesias metropolitanas, en los corredores de los asilos hospitalarios o al lado de los caminos polvorientos. A la sombra de Dios, el corazón melodioso de José María, se ha detenido un largo rato pensativo frente al desamparo de los pobres viejos, y ha cantado después en estrofas inolvidables, su canción eterna.

Los viejos del Asilo

Con el bastón, con la bufanda,
Con la pipa—su dulce amor—
Recostados en la baranda
O en la pared del corredor,
Cuando, en invierno, desde lejos
El sol, divino pescador,
Tiende sus áureos aparejos
Mudos, sonámbulos, perplejos,
Tal como cosas ya sin rol,
Los pobres viejos
Tuestan sus ánimas al sol..

Son los viejitos del Asilo
Cuya vida parece estar
Suspensa apenas por un hilo
Que el menor golpe va a quebrar.
Endulzando su desconsuelo
Con la divina miel solar
Allí se encuentra el triste abuelo
Cuya chochez en el hogar
Hastiaba al mismo pequeñuelo;
Y está el mendigo secular
Cuya rotosa vetustez
Todos vimos más de una vez,
—Despertando la mofa ruín

De los chicuelos del confín,—
Por los senderos vacilar;
Hasta que al fin,
En una noche de hondo duelo
Adurmióse mirando al cielo
Sobre un umbral de la ciudad
Y desde el suelo,
Ya casi témpano de hielo,
Lo recogió la caridad...

Cuando el alegre sol los llama
Al corredor con sus reflejos
Están así, mudos, perplejos,
Los pobres viejos
Que ya en el mundo nadie ama.

Forman parte en la yerma fila
Viejos de toda procedencia,
Pero hoy nada los diferencia.
Todos tienen en la pupila
El mismo impávido fulgor,
En las manos igual temblor,
Igualmente doblado el busto,
Y de sus almas mortecinas
Brota esa especie de halo augusto
Que hace hermanas todas las ruinas.
Tan uniforme es hoy su anhelo
Como su burda ropa gris.
Su patria ya no está en el suelo,
Son ciudadanos de un país
Que no existe en la geografía,
Patria infinitamente fría.
Donde todo lo que se advierte
De tal modo está sosegado,
Que parece como bloqueado
Por los glaciares de la muerte.

Con el bastón, con la bufanda,
Recostados en la baranda
O en la pared del corredor,
Mientras tiembla la pipa amada
Entre sus labios sin color,
La mirada ya casi ciega
Ora, cual náufrago bajel,
Por el espacio azul navega
Sin dirección determinada,
Ora queda como clavada
En una piedra... en un papel...
¿Sueña, acaso, el que mira al cielo?
¿Es que añora el que observa al suelo?
No... Ya tan floja está la cuerda
Que no puede hacerla vibrar
Ni la dicha que se recuerda
Ni el espejismo de un soñar.
Está el alma en su pecho antiguo
Como un ave petrificada,
Para ellos es todo ambiguo
O mejor dicho, todo nada.
No florece entre sus escombros
Ni una ilusión, ni una esperanza;
Ellos no anhelan más tesoro
Que el de sentir sobre sus hombros
Esas sutiles redes de oro
Que el pescador divino lanza.

Y, prodigando su arrebol,
Hoy el buen sol
De ingenua dicha al grupo anega,
Su luminosa risa franca
Como un travieso nieto juega
Con la flotante barba blanca,
Con la pupila casi ciega,
Y el viejo siente
Que el mimo su pena arranca

Y la dispersa dulcemente,
Como él arranca y se disipa
El humo negro de su pipa.

Tal vez mañana, ¡oh sol de invierno!
Tres o cuatro de los que ahora
El fuego tierno
De tus rayos calienta y dora,
(Pobres viejos abandonados
Cuya muerte ninguno llora)
Estarán del todo helados.
A esos bríndales hoy completo
El consuelo de tu tesoro.
—¡Oh sol de oro!—
Tú eres el único nieto
Que visita su desamparo.
Y un rayo claro
Aún de su seno obscuro arrancas
Cuando traviesamente juegas
Con sus flotantes barbas blancas
Y sus pupilas casi ciegas.

Un juvenil anhelo de belleza lírica se estremece en la obra numerosa de José María Delgado, como un anuncio de las innumerables epifanías nacionales que guarda el porvenir. Hay presentimientos estéticos que se insinúan a su contacto, como la germinación de un nuevo mundo lírico, lo mismo que Cansinos-Assens, encuentra en el dionisíaco frenesí de Vicente Huidobro. Su salutación a Amado Nervo está llena de novedad y el poeta mejicano llevó en ella una grata sorpresa, expresada en una breve carta que conozco. José María huye del ostentar vanidoso del mundo, vive y trabaja con afán, lo mismo que en el verso inglés que Darío gustaba tanto recordar: "de día con su alma y de noche con su corazón". Por eso, cuando el gran lírico mejicano fué saludado en Montevideo con los latines vulgares de los profesores de literatura o de los diletantis periodís-

ticos,—casi los mismos que le despidieron a su muerte, ¡oh, Dios mío!—José María Delgado apenas le mandó al gran poeta, humildemente, casi con temor, el número de la revista "Pegaso" que publicaba su lírica salutación. Amado Nervo se regocijó íntimamente con esos versos, "los mejores que he leído en mi viaje al Plata".

Discernidas así, en el elogio de tres o cuatro de sus composiciones, las virtudes del mayor poeta salteño, queda hecho el juicio de su personalidad, destinada a triunfar sin esfuerzo, con la eficacia penetrante de su juvenil entusiasmo, en los verjeles florecidos de la patria.

"Yo he gozado el privilegio de encontrarlo en mi vía"... y en su bondad fraterna, muchas tardes azules cantamos su esperanza, mientras él nos lee sus poemas, en las íntimas veladas de una casa soñadora y amiga, a la que hemos puesto nidos de golondrinas en los huecos del techo...

*

Del largo desfile, sinfónico y desigual, surgen claras ideas. Antes de nada hemos de declarar—como García Calderón hizo una vez—que olvidamos de exprofeso a todos los mediocres. Con él decimos aquello de que Emerson estudiaba solamente la historia en las huellas de unas cuantas garras predestinadas y no en la confusión de los panúrgicos carneros. Mi análisis hermenéutico, historia de ese modo, en los más singulares temperamentos, la contribución salteña a la poesía nacional.

Y aclarada la sospecha parcial que alguien pudiera atribuirme, sinteticemos en palabras breves nuestro pensar sereno.

No hay propiamente poetas regionales, porque la República es toda una. Las musas son contradictorias, pero establecen una ascendente uniformidad, y una aspiración creciente. La emoción y la expresión son los dos ejes de los prismas múltiples. Los primeros poetas fueron populares, de acuerdo con el Arcipreste que rimaba sus decires "para ser mejor de todos escuchado". Lentamente los espíritus logran su autonomía y van modificando las épocas. Nunca se alcanza ni el color local, y cada vez se diversifican los sueños, los cantos y los modos. Y cosa rara,—para no olvidarla,—no hay siquiera una sola "authoresse", de esas que Darío encuentra por sus tierras solares. El resto del país, opone así a la numerosa corriente lírica salteña, un nombre tan hondo y tan alto como el de Delmira Agustini. Por lo demás, nuestra heredad se derrama en rosas y clarines sobre toda la República, como una asoleada y lírica floresta "de violetas románticas y paganos trebolares, donde el buey de Carducci pace su brizna de oro, bajo un cielo latino, no surcado de ningún cóndor"...

Telmo Manacorda.

1919.

Discurso de clausura del señor Enrique Comas Nin

Señoras y señores:

Nosotros hemos sido creados para amar lo que es bello; así es que cuando advertimos una acción, o que se nota un sentimiento de bondad, experimentamos una dicha que es, sin disputa, la más dulce que se puede gozar después de aquello de ser bueno o de hacer un bien por sí mismo.

No hay persona alguna que deje de sentir el amor a lo bello. La vista de las cosas bellas seduce nuestra imaginación; nos agrada y nos atrae por la conexión secreta que existe entre el alma humana y todo aquello que lleva el sello de la hermosura.

La fiesta de esta noche, que por su brillantez ha marcado nuevos rumbos a la cultura salteña, dejará imborrables recuerdos en nuestra sociedad donde, si bien ha triunfado el poeta de imaginación superior como el escritor galano, la mujer salteña es, en realidad, la que ha pasado a ser reina de la fiesta con sus prendas de eterna majestad! Sin su presencia no existe nada; sin ella no existiría el amor que sentimos a todo lo más hermoso que ha creado la naturaleza. Ella sella la vida, la vida feliz, la vida de los encantos, con sus sonrisas y sus ternuras.

Llenando el cometido que me ha confiado la Comisión Directiva de los Juegos Florales, tengo el alto honor de agradecer primero, a la mujer salteña, su valiosísimo concurso de bondad y de belleza; a los caballeros que con equidad y talento han discernido los premios en su calidad de jurados; y a los distinguidos compañeros de Comisión que, sin omitir sacrificios, han coadyuvado al mejor éxito de este festival.

Queda, pues, clausurado este torneo poético, donde ha quedado bien sentada la fama de nuestros hombres de elevados pensamientos, tocando la mayor gloria a nuestras damas que han quedado consagradas como soberanas después de esta magnífica y merecida apoteosis.

Os pido a todos, para concluir, que me acompañéis a tributar un prolongado aplauso a la reina y su distinguida corte, emblema de apuestos ideales, otorgándoles esta justa manifestación para que a su vez ellas también la tributen al poeta vencedor.

He dicho.
